

L a toponimia sagrada de los
Picos: del Monte Vindio
a Covadonga por las sendas
de las palabras que cuelgan
de Peña Santa



Xulio Concepción Suárez*

* Licenciado y doctor en Filología por la Universidad de Oviedo, Catedrático de Lengua y Literatura (IES, jubilado). Autor de varios libros: *Por los pueblos de Lena: la voz de los mayores, los oficios artesanos, los cambios de los tiempos*, 2014, Hifer; *Las brañas asturianas: un estudio etnográfico, etnobotánico y toponímico* (en colaboración), 2008, RIDEA; *Diccionario etimológico de toponimia asturiana*, 2007, KRK; *Paisaje y toponimia* (en colaboración), 2007, Consejería de Educación. Ver <http://www.xulioes.com>.

Toponimia milenaria, de lengua en lengua, de continente en continente... Pueblos que pasan a habitar los mismos lugares recogen el nombre de estos, y con el paso de los siglos, extinguido su significado primigenio, transmiten fascinantes mensajes desde generaciones trasapeladas de la memoria actual..., permaneciendo a menudo como un orgulloso misterio que hay que saber descifrar.

(Josep M.^a Albaigès)

ANOTACIONES PREVIAS: ENTRE LAS PALABRAS Y LOS PAISAJES

El lenguaje del suelo: muchos paisajes ensamblados, sobre unas mismas montañas

La toponimia de un territorio, de un paisaje habitado desde tiempo inmemorial, no puede leerse de forma aislada: es un lenguaje que se fue tallando sobre el terreno de forma encadenada, estructurada, casi nunca partiendo de cero. Cada cultura, cada tribu de paso, cada pastor en el tiempo, fue añadiendo nombres, pero siempre al lado de los que había más o menos próximos.

Siempre habría alguna raíz previa en el mismo paraje, o algún nombre parecido al par del topónimo nuevo (preindoeuropeos, indoeuropeos, celtas...), que, en sus principios, hacían referencia a los elementos más naturales: las alturas, las rocas, el agua, la luz del sol; esos componentes más elementales, tan imprescindibles para la vida antes como ahora. La cadena del lenguaje del suelo es muy antigua (entre 20.000 y 30.000 años antes de los romanos, dice el francés Éric Vial).

Así se iría construyendo ese *lenguaje toponímico* que hoy podemos leer sobre tantos paisajes superpuestos en torno a Covadonga y los Picos: *el paisaje religioso, el paisaje de las brañas y mayadas, el paisaje social, el paisaje comunitario (las costumbres comunales), el paisaje botánico, zoológico, mitológico, hidrográfico, morfológico (las formas del terreno), el paisaje histórico (los vestigios del pasa-*

do), el paisaje político, el paisaje de la piedra, de las alturas, el paisaje de los caminos, el paisaje de los colores del terreno, el paisaje de las leyendas orales...

En esta ocasión nos vamos a reducir en lo posible al paisaje religioso, sagrado, de los Picos que nos llegó a través de los topónimos: un campo más de esa *geografía sagrada asturiana*, que ya Juan Luis Rodríguez-Vigil y Ramón Rodríguez estudiaron con detalle en su obra conocida. Nos detendremos en especial en el conjunto de parajes que preside el *Monte Vindio*, tantas veces citado desde antiguo, pero con tantos intentos frustrados de una localización definitiva.

Pues «la historia es el presente», que decía Nietzsche

En fin, si «la historia es el presente» —que decía Nietzsche—, yo diría que «la historia es el paisaje»: o que «el paisaje es la historia», que vendría a ser parecido. Pues para descubrir lo que fuimos, solo haría falta observar lo que vemos. O, casi mejor dicho, para entender mejor lo que vemos, habría que comenzar por entender un mejor lo que fuimos. El paisaje es lo que hicieron y seguimos haciendo.

Y, sobre todo, pensar a dónde queremos llegar con lo que tenemos y con lo que es posible en este tiempo y en este espacio concreto, con las *ferramientas* ahora más tecnificadas del *milenium*. Pero, en todo caso, para seguir haciendo historia, tendremos que seguir planificando mejor cada uno de nuestros paisajes, comenzando por «leer» lo que dijeron nuestros mayores.

Y así disfrutamos, por el momento, de todo ese *lenguaje del suelo* que nos dejaron los nativos para conocer un poco más de sus preocupaciones y peripecias milenarias entre estas escarpadas montañas. La vida de los pastores tallada en las palabras del terreno que seamos capaces de recordar y reconstruir entre todos. Un *trabayu* de futuro también.

Entre los pastores de antes y los montañeros
de siempre: una estaferia comunal imprescindible
en estos tiempos de cambios

Porque aquel paisaje toponímico de los Picos (topónimo más común hoy) hay que interpretarlo en su estructura milenaria: en un espacio progresivamente enriquecido con nuevos productos, preocu-

paciones y funciones de montaña; y en un tiempo progresivo, que aprovechó lo que había para reinterpretarlo a su medida con los nuevos criterios de uso o de culto, lo mismo da.

Más aún, para un estudio toponímico aproximado de estas montañas, habría que, una vez más, *trabayar en comuña*: de forma multidisciplinar, que se dice ahora. Poco se podría afirmar con seguridad, sin la colaboración (en ausencia o en presencia, para algo están sus libros) de los grandes estudiosos de los Picos: Roberto Frassinelli, J. R. Lueje, Julián y Juan Delgado, Guillermo Mañana, Elisa Villa, Sordo Sotres, o Francisco Ballesteros, Adrados, Luis Aurelio G. Prieto, por citar solo algunos más consultados en esta ocasión.

Ellos y ellas patearon o llevan pateando muchos años, de una u otra forma y con objetivos diversos, hasta las últimas breñas y brañas más perdidas entre las peñas de los tres Macizos; en realidad, solo uno, a juzgar por la historia de los nombres en torno a Peña Santa. Este lenguaje toponímico, como todos los lenguajes, también hay que seguir construyéndolo entre todos.

Quando se cierran cabañas pero se abren
ordenatas en las mismas mayadas

Pues quedan los montañeros para seguir recuperando este lenguaje toponímico, incluso con los recursos del *milenium*: antes, los montañeros citados y tantos otros íbamos con libreta y boli en mano escuchando a los pastores; hoy, los más jóvenes y tecnificados van con el ordenata en la mochila, y, cuando encuentran un paisano o paisana (en el *pueblu* o de camino), sacan el *oziExplorer*, le ponen a la vista el mapa con su relieve y todo, y colocan los nombres que luego comprueban con las coordenadas del *GPS*. El topónimo seguirá entre las zarzas, tal vez dormido para siempre, pero fijado, por fin, con la precisión digital de los *trachs* y los *waypoints*, de estos nuevos montañeros del *dosmil*.

Por esto, si es cierto que los pastores mayores disminuyen por las cabañas, quedan montañeros como Alejandro Zuazua o Víctor Delgado, que continúan rescatando nombres para la cartografía más pateada. Puede ser una combinación de futuro y larga vida para los topónimos: de un lado, la experiencia de los buenos montañeros; del otro, los ganaderos más jóvenes todavía en parte con el lenguaje

toponímico heredado de sus padres y sus *güelos*. Se cierran cabañas, pero se abren ordenatas en las mismas *mayadas*.

Una toponimia a medias entre nativos y pobladores de paso: la historia interna, la versión oficial

El problema se plantea cuando se observan dos versiones paralelas de un mismo paraje: una, de vía culta, extraña a los Picos, venida de fuera; y otra de vía pastoril, la de los nativos de la peña; o, incluso, dos palabras (raíces) toponímicas del todo distintas para un mismo topónimo: una indígena y la otra generalizada por diversas personas de paso. Dos historias de un mismo paisaje: la *intrahistoria*, que diría Unamuno, frente a la versión oficial.

Al lado del topónimo indígena, puede haber otra versión en el lenguaje usado en los registros escritos (castellanizantes, muchas veces), instituciones, señoríos, industria de las minas, geólogos de otras regiones, mapas oficiales, montañeros que no conocían (o no entendían) los topónimos de los pastores, y los traducían a sus palabras castellanas, o de su propia lengua de origen. De ahí la copla:

Por qué me llamas Naranjo,
si naranjos yo no tengo:
llámame Picu Urriellu,
que es mi nombre verdadero.

Y así algunos de estos nombres llegaron a generalizarse hasta tal punto de desplazar el topónimo autóctono (Naranjo de Bulnes, Peña Santa de Enol..., o el mismo Picos de Europa). En adelante, nos guiaremos por aquella voz prerromana en el uso pastoril de los nativos: por ejemplo, *Picos* (*los Picos*, entre montañeros), *Cornión*, *El Picu* (*Urriellu*), como recuerda la copla, escuchada en Bulnes a Guillermina:

En los Picos del Cornión,
ondi'l diablu se colgó,
ondi Dios puso la nieve,
la que nunca se quitó,
y nun añu que faltó
to la xente morrió.

En realidad, y en principio, habría que guiarse por los nativos, una vez más: ellos recibieron los nombres desde mucho antes de los

romanos, siempre por vía oral; por supuesto, mucho antes que los registros escritos y las interpretaciones de escribanos, copistas, notarios, obispos..., los nativos ya llamaban a las cosas por sus nombres acordados a su modo; y, si decidían cambiarlos, sería porque necesitaban hacerlo; pero siempre desde una perspectiva comunicativa, sin más; para entenderse con sus vecinos en ese momento, y para poder sobrevivir a la vida dura de la peña.

Por eso, nuestro primer documento, y por sistema de trabajo, sigue siendo el de los nativos de cada zona. Simple cuestión lingüística (etnolingüística), lejos de toda manipulación posterior, con intención o sin ella. Vendrían bien aquí las observaciones de Manuel Alvar (2014: 11) sobre la transformación de las palabras en los distintos campos de una lengua, con las circunstancias de los tiempos; y sobre la importancia de llegar a descubrir la historia de cada voz. Sería el caso también de las palabras toponímicas:

Las modificaciones producidas en las palabras son debidas frecuentemente a los cambios habidos en la sociedad, en el vínculo que existe entre el término y la cosa nombrada... Los factores que influyen en la aparición de una nueva voz..., o en el desarrollo de sentidos nuevos, pueden deberse a motivos extralingüísticos...

En definitiva, concluye Manuel Alvar como objetivo:

Saber cómo son nuestras palabras, cuál ha sido su historia, por qué las tenemos, por qué comenzaron a utilizarse con los valores que poseen, de dónde surgen estos...

Una toponimia, siempre más oral que escrita,
en parte tan disimulada o transformada
por cada cultura de paso

El problema sigue en la escasez de citas antiguas y referencias escritas sobre los nombres de las montañas: la mayoría de los topónimos menores (picos, picachos, mayadas, riegas, regueros...) solo se transmitieron por vía oral entre los nativos, los pastores, los pobladores de las montañas; las fuentes escritas, ya desde tiempos romanos, o no tienen espacio para ellos, o no los consideran importantes para su registro histórico, notarial, político, religioso... No tendrían interés social, económico, patrimonial...

En palabras de Juan Delgado (1996: 21), siguiendo a Pastor Muñoz:

Los historiadores romanos no recogieron raíces del decir de los cántabros y astures. Las referencias giran todas ellas en torno a su propia cultura, nominando lugares relacionados con sus ejércitos, emperadores, dioses y cuanto de forma directa se relaciona con ellos; ahí quedaron sus divinidades para protegerles de las calamidades, de los cambios atmosféricos, como tormentas, lluvias torrenciales, sequías o sacarles victoriosos en las batallas.

Esta circunstancia privó a la toponimia de la disposición de fuentes que prevalecieron en el tiempo por el antagonismo de los invasores hacia los invadidos, conservando aquellos las designaciones de sus propias fuentes, importándoles muy poco lo que aquí existiera del lenguaje.

Es un fenómeno que se ha repetido hasta nuestros días: cuando una cultura superior invade el campo de otra, no solamente es la invasión material, sino que se trata, además, de sustituir el legado que ha dado personalidad al pueblo, por el suyo propio.

Dos perspectivas para un mismo topónimo: a modo de ejemplo, el adjetivo Santa

Con esta relativa escasez de documentos escritos antiguos, para los nombres de Peña Santa, se haría más fácil la sustitución de nombres autóctonos por nombres nuevos traídos con motivo de los cambios históricos: primero, en la conquista romana; más tarde, en la reconquista frente a los árabes. En algún caso, incluso, será difícil saber quién puso los nombres, si los nativos o los invasores.

Sería el caso de *Petra Sacra* (976), del latín *sacram*: pero según Santiago Segura (1985, *Diccionario...*), o Agustín Blánquez (2012, *Diccionario...*, 5.^a ed.), la palabra en el uso romano podía significar lo mismo ‘santa, sagrada, respetada, venerada...’, que ‘maldita, execrable, abominable, detestable’. Es decir,

- *en boca de los nativos*, encaramados en la peña, sería *sagrada, santa*, porque los protegía de los invasores; un refugio protegido por las divinidades;
- *en boca de los romanos*, sería todo lo contrario: *maldita, detestable*, porque serían incapaces de competir con los pobladores cántabros y astures, a los que no podían dominar nunca del

todo, por ser mejores conocedores del terreno; una humillación para cualquier ejército que presumiera de medios materiales muy superiores.

*Comenzando por La Güesera,
más de agua que de güesos*

Toda una larga historia toponímica mucho más allá de Covadonga. En esa lectura encadenada de las palabras del suelo, con las que se va encontrando cada poblador de paso por un mismo territorio, se van tejiendo los nombres, lo mismo en el sonido que en el sentido. Pero, sobre todo, se van reinterpretando, llenando de un significado nuevo, cuando el antiguo heredado ya resulta opaco, sin referencia convincente para el que lo usa en su comunicación diaria. Sirvan algunos ejemplos.

La Güesera es el valle de buenas fincas bajo Tarañosdiós, en una zona de arroyos abundantes que alimentan el río Reinazu, afluente del Deva en Covadonga. En interpretación de los pastores (La Huesera, que se esfuerzan en interpretar a veces), citan una difusa leyenda que habla de muchos *huesos* encontrados como restos de supuestas batallas de Pelayo contra los moros en su huida.

Pero, en realidad, a juzgar por la naturaleza hidrográfica, el suelo lamizo del paraje, se trataría simplemente de la expresión latina *aquam saliam* (refuerzo duplicado del topónimo por interpretación popular): latín *aquam*, indoeuropeo, **sal-ia-* (corriente de agua), con cambio de /r (**salia*, **saria*, **saire*, **sera*..., frecuente en muchos casos); **La Güesal* > **La Güesar*; **La Güesalia* > **La Güesaria*, La Güesera.

Es decir, la palabra prerromana heredada (*Salia*), que no entendían los pobladores, queda reforzada por otra que significa lo mismo (*aqua*), pero que para ellos es la única que tiene significado. Se diría que a medida que no se entendía ya el latín (Alta Edad Media, siglo VII...), el nuevo romance asturiano en boca de los lugareños iba transformando, a un tiempo y a su modo, la fonética y el sentido de las palabras heredadas.

La misma raíz indoeuropea se interpreta en el origen del río *Sella*, *Junseya*, *Sellañu*, *Sayambre*..., y tantos otros lugares por la zona. Solo, agua abundante. Lo mismo que el río *L'Agüesal* (*La Güesal*),

afluente del Güeña en Onís. La *Guañaza* (lat. *aquam*): lugar donde resurge el agua del Reinazu, por Los Güeyos del Reinazu (justo ya sobre Covadonga).

*Y siguiendo por La Gusana:
pero sin gusanos tampoco*

Otro caso parecido de interpretación de raíces anteriores pudiera latir en *La Gusana* (tal vez lat. *aquam sanam*, ‘agua sana, buena’): el afluente del río Reinazu por su margen derecha, en el mismo valle sobre Covadonga.

Toda esta zona en torno a La Cueva es abundante en agua. Unas aguas siempre misteriosas, pues proceden de grietas calizas, lo mismo aquellas que fluyen de Orandi y Las Mestas (margen izquierda del valle), que las de Tarañosdiós (margen derecha). De ahí las interpretaciones populares. En realidad, en su origen, ninguno de los dos arroyos (ni *Güesera* ni *Gusana*) es lo que parece: ni *güesos*, ni *gusanos* por ningún sitio. Pero los pastores de la zona tenían que dar su explicación, tal como la recoge Guillermo Mañana de la voz oral (1994: 82).

En definitiva, *La Gusana* procedería del ya ininteligible para los nativos, *aqua sana* (agua buena, sana, saludable), que ellos imaginarían como una riega que llevaba precisamente los gusanos de tantos cadáveres de La Güesera, tal como recoge la leyenda citada. Esta sencilla estructura de nombres se repite con otros contenidos en muchos paisajes, en circunstancias diversas (sería muy largo ahora).

La santificación de los elementos naturales en Sanllago:
un llago convertido en santo entre las
calizas cimeras sobre Camarmeña y Ondón

Hay muchos ejemplos en otras hidronimias. Resuena más *Jou Santu*, ciertamente; o *Fuensanta* (en Nava), como tantas otras *Fuente Santa*, *La Fuente de la Saluz*, *Fuentemelga* (fuente medicinal)... Pero el nombre sagrado (la santificación del lago, del *llagu*) pudiera pasar más desapercibida contemplando en verano aquel valle de *Sanllago*, con su pequeña charca actual, semiseca por el estío arriba. Tiempo atrás, en época de cuidados más intensos con las charcas y los lagos de las cumbres, los nativos mucho apreciarían el

agua para ellos y sus ganados, en un contorno de calizas sin manantiales cimeros: los pastores los cerraban, los rodeaban de piedra y barro, los mimaban.

Hasta el mismo nombre de *Llerosos* (por las *laderas*, la piedra suelta de los pedreros), lo convirtieron en *Llorosos*, imaginando que lloraban las peñas. Yo escuché a algún pastor de la zona aquella tan preciosa descripción metafórica del topónimo:

En plenu veranu, cuando escasea el agua en la peña, el ganáu tien que conformase con lo que lloran las piedras.

Sin olvidar el valor de la nieve, los pozos neveros en la precaria medicina tradicional: las famosas rutas de los neveros

En pleno verano, con los calores más intensos entre las calizas, el ganado tiene que conformarse hoy mismo con el rocío que se deposita al amanecer en las oquedades de las calizas; o a la tarde con la *nublina* (no todo el mundo dispone en las alturas de cantimplora y semejantes comodidades). Tal es, por ejemplo, la falta de agua en estas alturas a medias entre la cuenca del Casañu y la cuenca del *riu Cares*: tal sería el culto a una simple charca en pleno estío, donde y cuando más falta hacía.

El lago merecía así, no solo una beatificación leve, sino la santificación completa: con las nieves del invierno o los deshielos de primavera, el llagu aseguraba agua para humanos y ganados, buena parte de los meses del estío. Y aseguraba más: los animales del monte (rebecos, corzos, jabalíes...), acudirían a beber cada día, con lo que estaba asegurada la caza. Y con agua y alimento, la dura estancia entre las peñas sería un poco menos trágica. ¡Cómo no iban a invocar al Llagu como Santu!

No hay que olvidar la importancia universal de la nieve para los poblamientos y las ciudades tan solo un siglo atrás: mitigar las fiebres, refrescar la bebida, asistir a los enfermos en distintas dolencias. De ahí tantos pozos neveros y rutas entre las montañas próximas y los pueblos (L'Aramo, El Naranco...). Los aragoneses conservan muchos que hasta exponen como ejemplo y recurso al turismo. Como no podía faltar *La Virgen de las Nieves* en tantas ermitas de montaña.

*O El Campu'l Dios, Táranos,
poco más allá de Sanllago*

En la misma ladera de Sanllago, a medias entre la vertiente sobre el *riú* Cares y la que vierte al Casañu por La Molina, hay otros nombres sagrados (o convertidos en tales) por los nativos de la zona: bajo Le Veyuga y Jascal, está *El Campu'l Dios*, no por casualidad tampoco, sobre *El Mazu'l Reyu* y *Los Llanos del Matadoriu*.

Los nombres casi nunca están solos: las redes sociales (toponímicas, en este caso) son muy anteriores a interné, wasap, twitter... Los nombres del terreno también forman redes a su modo, porque los nativos fueron tejiendo sus observaciones y necesidades teniendo en cuenta las palabras que había al lado, las que ya existían previamente; así se iría formando ese gran puzle de cada territorio habitado. Y las palabras religiosas eran primordiales para la vida diaria tiempo atrás.

*No por casualidad, Sanllago,
Sanijisto, Santajerida*

Por ello, no pueden extrañarnos hoy tantos nombres sagrados por los Picos, por muy disimulados que aparezcan, y fuera ya del sentimiento lugareño: *Santajerida* (*santa*, más *herida*, *jerida*, en la fonética de la zona); *Sanlijiesto*, *Sanijiesto* (*santo*, más *infiesto*, *injiestu*, empinado); y tantos otros que iremos rastreando. Habría que añadir otros un poco más al oeste de los Picos como el *riú Santagustia*, en Ponga: simplemente, ‘el soto de la angostura’, convertido en Santa por interpretación popular (impresionantes truenos y relámpagos que pueden *angustiar* a cualquiera en plena tormenta; por experiencia personal...).

En el caso de Sanijiesto (margen derecha del Cares) es zona resguardada de los rayos, que van a caer a los altos de Táranu, bastante por encima de Castro (justo sobre Caín), de modo que ambos parajes quedaban protegidos a uno y otro lado del monte. De ahí, tal vez, el adjetivo Santo. Por encima de Sanijiesto está Trasljiesto, ya bajo las mismas peñas. Como señala Guillermo Mañana:

Nos queda así esbozado un sugerente cuadro de divinidades primitivas: Arriba el rayo y el fuego. Abajo el agua y sus cauces (1996: 52).

En el mismo valle de Caín, bajo Corona, está la pradera de *Santiján*: espacioso rellano sobre el río, cobijo de los ganados en invierno sobre todo. Aunque parece referido a *San Julián* (patrono de Culiembro), no habría que descartar una referencia remota a la divinidad *Jano* (dios de los comienzos, de las guerras); o al mismo templo, *fanum* (santuario). Sobre Caín de Riba y Mesones queda también la Cueva de *Santibañas*, lugar para el queso tiempo atrás; tal vez otra interpretación popular de *Sancti Johannis* (San Juan).

*Hasta Tresmialma, otro sentimiento de culto
en las mayadas, tal vez interpretación de otra palabra
anterior (Tremierna, que recoge Fernández-Cañedo)*

Sería larga la lista de nombres con resonancias religiosas, algunas casi indescifrables ya, por la falta de informantes sobre el paraje. Por ejemplo, *La Mayada Tresmialma* es la parte alta de Portudera, en el camino a Umardo y puertos cimeros de Arenas (Cabrales), hacia Tordín. *Tresmialma* es el nombre generalizado entre pastores y montañeros, pero Fernández-Cañedo (1963: 6) recoge *Tremierna* (no lo encuentro en otras citas, documentos, publicaciones, mapas...), ni aparece en conversaciones con los pastores.

La referencia de Fernández-Cañedo (tesis doctoral sobre la zona), es digna de tener en cuenta. Pero no aparece una justificación a la vista. Tal vez, la forma citada de *Tremierna* pudiera ser una transformación popular desde *aera*, *aeramina* (lat. *aes*, *aeris*, ‘cobre’, neutro plural, *era*): ‘detrás de la la mina del cobre’; como también parece latir también en el mismo Portudera (puerto de mineral de cobre), más que en relación con las *eras* del cereal (otro homónimo). O simplemente, la *tierra minera* (metátesis posible, *minera* > **mierna*). Allí está *La Mayada Coplevidi* para atestiguarlo.

*Tresmialma, sin titubeos
entre los mayores*

En todo caso, llegó a nosotros esa interpretación de los lugareños, muy firme entre los pastores actuales mayores: *Tresmialma*, con claridad. Una posible relación con las costumbres religiosas por sus caminos entre los pueblos y *mayadas* de los puertos. Me decía Antonio Álvarez, experto conocedor de muchos montes, topónimos y costumbres asturianas, que entre los nativos de Tielve quedan

varias expresiones referidas al *alma*: «mi alma, tu alma...», que podrían estar en la base del topónimo. Se oye a veces también «como alma en pena» (errante, perdido); o «¡Ay, mialma!» (alma cándida, inocente).

El hecho de que *Tresmialma* se llame también La *Mayada* de *Somas* (en lo más alto de las vegas, la cimera) podría describir esa posición alejada, cabera de la *mayada* inmensa, con tantas fincas, cabañas y cortes debajo. Llegar hasta el final de la extensa explanada puede resultar más cómodo, cuando se va sin prisa y con GPS; pero tan solo un siglo atrás, perderse entre aquellas camperas camino ya de los puertos cimeros, podría ser muy fácil para los más jóvenes y con menos experiencia, los zagales y zagalas que desde muy pocos años ya tenían que cuidar cabras y *oveyas* entre la niebla.

En definitiva, decir *Tresmialma* (*trans meam animam*) sería como señalar un lugar donde, si uno se perdiera en días de *nublina*, que solo se acuerden del alma, pues el cuerpo estaría ya en el abismo: o tendría que dar muchas vueltas angustiado intentando encontrarse a sí mismo otra vez y conducirse de nuevo a la cabaña. Es decir, el topónimo haría una referencia al *alma* que estaría en peligro de que se la llevara el diablo a un precipicio de tantos circundantes sobre el Cares. O, simplemente, el lugar más alejado de las cabañas: donde uno puede perder hasta el alma... Sería una versión más del dicho cabraliego:

Los cainejos no mueren:
se despeñan.

Es decir, los habitantes de Caín se despeñan rodeados por tantos precipicios: desaparece el cuerpo entre aquellos abismos sobre el Cares, pero ellos no se mueren, pues siempre queda el alma en la memoria de las *mayadas* y los poblados para recordarlos.

*Quando la fe mueve también las palabras
de las montañas: romanización, conquista,
cristianización, peregrinación...*

Una vez más viene a cuento la frase: «La fe mueve montañas». En este caso, remueve las palabras de las montañas. El lenguaje toponímico de Picos parece sometido a las leyes más naturales tam-

bién: una misma forma original fue adquiriendo acepciones nuevas en boca de sus usuarios, a medida que las fueron necesitando para expresar contenidos nuevos, preocupaciones del momento. Para reforzar su fe en cada tiempo nuevo.

Y hasta el punto de olvidar su significación primera, como tantas otras palabras en la lengua común: quién podría relacionar ya la *carretera* con los *carros*; la *medicina* con la planta de la *mielga* (variedad de la simple alfalfa); las *madreñas* con la *madera*; o la o la *materia* con la *madre*, sin ir más lejos. Solo la etimología remota, casi olvidada ya, nos advierte del cambio de los tiempos.

Porque en las palabras toponímicas fueron quedando también los sucesos nuevos. Algunos momentos de la historia debieron ser decisivos en esa vida milenaria que cuelgan de Peña Santa. Primero, la *romanización* pudo dar motivo a los indígenas para llenar de contenido nuevo topónimos que para ellos ya nada significaban: el *Mons Vindius* se tradujo a *Petra Sacra*, *Peña Blanca*... Y con la *Reconquista* la peña se hizo Santa, al tiempo que se fueron *santificando*, *cristianizando* tantos lugares al lado para sobrevivir con fe entre aquellos inhóspitos roquedales: *Jou Santu*, *Sanllago*, *Sanlijesto*...

Ya con la llegada de los monjes, los monasterios, las peregrinaciones, los fieles creyentes fueron situando en unos cuantos picachos a la Virgen: Torre de Santa María (forma autóctona entre pastores, cazadores, nativos), Las Tres Marías..., como iremos viendo. El lenguaje de los montañeros, los mineros, los exploradores extranjeros, el turismo..., terminó por transformar sustancialmente en muchos casos el remoto mosaico de palabras que fueron heredando los pastores y nativos de cada pueblo.

*La oración de las mayadas, otro rito
a su modo entre las peñas: el rosariu...*

Por todo ello, el lenguaje de los Picos recuerda un entorno religioso que llegó a bien entrado el siglo XX. Los pastores y pastoras pasaban buena parte del año más o menos lejos del poblado: su vida fluía tras el ganado entre mudas, *maedas* y *mayadas*, y a su modo harían sus rezos, aunque no fueran los acostumbrados en la iglesia del pueblo. Aurelio del Llano recoge varias coplas (1928: 68):

Los pastores en el monte,
 por cuidar los animales
 ni oyen misa los domingos
 ni visitan los altares.

O esta otra copla que los disculpa un poco más, al tiempo que lo atestigua el topónimo de *La Mayada'l Rosariu*, justo bajo La Torre de Santa María, llegando a Brañarredonda: en una de aquellas cabañas, se reunían cada tarde los pastores y pastoras de la zona para rezar el *rosariu*, una vez terminadas las labores vespertinas con el ganado —nos contaban los pastores en La Veda d'Enol. Y para ello estaban las capillas de los puertos en su caso. Lo atestigua la copla:

Mis amores son pastores
 que no bajan a poblado;
 allí tienen una ermita
 donde rezan el rosario.

*O La Canal de la Misa, El Tesu la Oración,
 El Colláu la Oración, L'Oratoriu...*

Otros topónimos en torno a los Picos describen un paisaje con el pensamiento puesto en la vida religiosa del momento, a veces, tal vez, con nombres tomados de raíces anteriores con sentidos diversos. Pero en la memoria de los lugareños, la interpretación es evidente.

Es el caso de *La Canal de la Misa*: canalizo pendiente que asciende desde La Collada Beza (en Sayambre) hacia las estribaciones del monte Cabroneru y Beza, camino de las *mayadas* y pastos de Llano. Cuentan los vecinos de Soto que desde el paraje se escuchan muchos ruidos en el pueblo. Y, por supuesto, se oía tocar las campanas a misa. Fuera ello del todo así, o solo intención de oír misa, el caso es que el topónimo allí sigue para recordarlo.

Como es el caso del *Tesu la Oración*, en Caso (nunca entre los casinos *El Texu la Oración, que aparece en algunas guías): un vistoso altozano sobre el Río Monasterio, en el camino de Bezanés a Brañagallones, desde el que se divisa una buena parte del *conceyu* casín. Recuerdan los vaqueros de Campu Casu y Bezanés el lugar donde habían de rezar por sus ganados, en sus idas y venidas a la *braña*. Y en los días festivos, hasta allí habían de bajar del puerto de

Brañagallones, con el mismo objetivo piadoso a la hora de la misa en la parroquia de Sobrecastello.

Como tantos otros lugares de culto en los días de subidas y bajadas a las *mayadas*: El Colláu la Oración, en La Runcada, sobre el Río Brañadosu, afluente del Ponga. El Senderu la Oración: camino desde Tanda hacia Brañadosa, bajo los altos del Tiatordos (Ponga). O L'Oratoriu: es la misma capilla del Puertu Ventaniella (Ponga), en expresión de los pastores. Aquellos pequeños altares improvisados en la preocupación diaria de los tiempos.

Del Joyu la Madre, sobre el ríu Casañu,
a la santificación de los manantiales,
siempre buscando la Madre, la divinidad del agua

Para atestiguar ese lenguaje universal del suelo, abundan los ejemplos en lugares bien dispares, pues son muchas más las coincidencias. Sirvan un par de ellos, para designar el simple nacimiento de un río, o el lugar generoso en pozos y acuíferos subterráneos, que tanto apreciaban los nativos en unos tiempos sin conducciones ni traídas a las casas ni a las fincas para el ganado.

Es el caso de *El Joyu la Madre*, o *La Madre'l Casañu* son términos escuchados a los nativos de Onís, con ligeras variantes según el pueblu o la *mayada*: Gamonéu, Demués, Belbín, Ariu... En todo caso, se repite el componente *Madre* en el topónimo, aplicada la voz al impresionante chorro de agua espumosa a borbotones, cuando uno tiene el honor de presenciarla con un pastor de aquellos altos, justo en su momento de mayor irrupción invernal a punto ya de la primavera. Por el gran hoyo de la roca surge el agua que se concentra de todas aquellas *mayadas*: Camplengo, Soñín, Belbí, Les Bibies...

*Y de la Madre a Santas Martas
de otras toponimias*

O sirva otro, ya más alejado de los Picos, pero igualmente significativo, por mucho que haya transformado la imaginación popular, hasta la santificación de aquellos manantiales. Santas Martas es el pueblo de Mansilla de las Mulas, con abundantes pozos artesanos de agua, y lagunas que se forman por el invierno y que duran hasta el verano; es zona seca por el año arriba, de modo que el agua (la que

hubiera) se valoraba mucho, lo mismo para las casas que para los sembrados, o para los ganados por el campo.

Este campo topónimo resulta de interés especial porque se da también, allí mismo, en singular: el pueblo es Santas Martas de las Matas (denominación más arraigada, en plural); y de ahí el apellido de la zona, en singular, Santa Marta de la Mata; ello indicaría un caso evidente de interpretación popular, al reducir el plural más raro al nombre personal Marta, de uso más familiar (a su vez, del hebreo, *Martha*, ‘la dama, la señora’). En definitiva, varias fuentes, manantiales, pozos de agua, lagunas invernazas... en el contorno de Santas Martas.

Por todo ello, en Santas Martas se trataría de un posible caso de santificación de las *fuentes-madre* (fuentes *matriz*), como en tantos otros; en esta zona concreta, no por casualidad, llaman *madriz* a un canal de agua, arroyo que se forma en días de lluvias (simple *matriz* del agua); mismo origen de Madrid, el río cántabro de Lamadrid, La Fuente Madrona, La Fuente la Madre...

El posible culto indoeuropeo a las madres, las matronas, los manantiales...

En este sentido, el mismo etimólogo leonés Javier García Martínez (1992, p. 42), estudiando el pueblo de Santas Martas cita varias posibilidades según diversos autores: de un lado, el culto indoeuropeo a las *Matres* (las diosas locales en relación con las aguas, las fuentes, los arroyos); siguiendo a Corominas cita la sierra *Martes* en relación con las *Matres*; es decir, las ninfas protectoras de las aguas, las *Matronas*. Javier García dice que el culto a las *Matres* estaba muy desarrollado en La Galia, donde *Matra*, *Matrona*, eran ‘Mère’, fuente divinizada, madre del agua, depósito, manantial copioso, acequia principal (citas de Rostaigne).

Del otro lado, cabría también la raíz oronímica **mar-*, incrementada en **mar-t-*, con referencias parecidas (montaña, agua de la montaña); o directamente desde el latín *mater* (madre, causa, origen). Y de aquí, tantas expresiones asturianas: «la madre l’agua», «l’agua per so madre», «salise l’agua de madre»..., en referencia al manantial o al terreno, las presa, el aguañal..., por el que ha de fluir el agua de forma natural, sin que nadie se lo impida (un derecho consuetudi-

nario muy arraigado hasta estos mismos días, en los pueblos de montaña, sobre todo). Por algo el *ríu Deva*, y el género femenino en tantos ríos europeos.

I. PREINDOEUROPEO

I.1. Europa: Picos d'Europa

Muchas palabras se fueron transformando desde tiempos remotos en el paisaje de los Picos, comenzando por la misma voz Europa, con tantas interpretaciones, y ninguna definitiva, hasta la fecha. Cada una tuvo su justificación en su momento, por lo que todas aportan algo al nombre de estas montañas. En todo caso, ello prueba la antigüedad de una raíz primera, reinterpretada muchas veces.

Con aquella misma remota referencia a la altura y a la montaña, nos llegó el componente *Europa* añadido a los Picos, que se fue tejiendo con sucesivas interpretaciones en el tiempo. Existe una muy generalizada, que no deja de ser un intento popular más por explicar los nombres del entorno. Según esta versión, cuando *los Picos* estaban cubiertos de nieve (en inviernos más cuerdos, la mayor parte del año), eran los primeros picachos que avistaban los navegantes procedentes de América. Y por ello —se dice—, los interpretaban como la primera señal de *Europa*.

Pero el origen del componente *Europa* no parece tan próximo en el tiempo (van solo unos siglos), sino que pudiera remontarse mucho más allá de unos navegantes venidos de América, o, simplemente, a su paso por altamar: ya mucho antes, estos picos, bien visibles, lo mismo desde el mar y que desde buena parte de la meseta castellana, habrían de tener algún nombre más antiguo entre los nativos, que haya motivado la supuesta interpretación marinera.

*Desde aquel remoto Urriapa,
bajo Ándara de Cantabria*

Pero hay versiones más acordes con la geografía y uso de los Picos. Por ejemplo, para E. Martino (1998: 95 y ss.), los Picos tendrían que tener ya un nombre entre los nativos, mucho antes de la transmisión del topónimo por vía culta a partir del siglo XV, sobre todo. Parte este autor de la raíz *ur* (altura), tan generalizada en todo el macizo de Picos; y del primitivo *-*apa*, que dice «hubo de ser tér-

mino tan constante del habla común», como aparece en tantos topónimos por la zona cántabra y asturiana.

Así E. Martino cita el lugar de *Urriapa*, en la base del Macizo de Ándara, por Cabañes (Cantabria). Y de *Urriapa*, supone una base común con *Uropa* (forma escrita que encuentra en documento del siglo XVI). El paso de **-apa* a **-opa* lo justifica este autor también con otros cuantos topónimos (*Isoba, Naroba...*).

Y de Uropa a la leyenda del rapto de la reina Europa por Júpiter

Una vez más, la leyenda para explicar un nombre antiguo del que ya se desconocía el significado. Se tejería así el mito del rapto de *Europa*, la hija del rey de Fenicia, Fénix (Agenor), por Júpiter, una vez transformado en toro. La reina *Europa* sería llevada hacia estos picos más agrestes del Cantábrico, como resume G. Mañana (1994, 23 y ss.); y allí se habría ocultado para siempre entre las nieblas de la imaginación cultista más difundida.

Por tanto, la trama de aquella leyenda mitológica pudiera remontrarse a un origen bien distinto: se trataría de una interpretación cultista de la raíz **ur-*, más variante de **ap-* (‘altura con agua, agua de la altura’), a través de **Uropa*, en un principio, y *Europa* después por transformación popular. E. Martino cita un mapa del siglo XVI (Monasterio del Escorial, K. I. I), que registra *uropa* y no *europa*. En este mapa no aparecía el error de «malinterpretar “de Uropa” escribiendo “de Europa”, como propiciaban la -e de la preposición y la inicial E- del nombre del continente» (1996: 97).

Con un simple paso, de Uropa a Europa, bastante más globalizado, antes y ahora

Como se puede observar, para E. Martino el nombre de *Europa* estaba destinado a eclipsar el autóctono *Uropa*: «Nada importa que la tradición oral de los naturales dijera *Peñas de Uropa*; el oyente foráneo, confeccionador de mapas y de libros, no dejaría de percibir: *Peñas de Europa*» (p. 97). Y aporta otro dato fónico para asentar su propuesta: la evolución popular de los nativos tendría que seguir el curso común (*-p- > -b-*, en posición intervocálica), por lo que hoy sería *Picos de Uroba* (y no lo son).

En realidad, a través de la leyenda se llega a la conclusión de un caso más de mitificación de una voz prerromana en Picos: sobre aquella raíz generalizada entre los nativos (preindoeuropeo **or-*, **ur-*, ‘montaña, altura’), se habría reconstruido una interpretación mitológica que explicara lo inhóspito, inaccesible, recóndito, de estas escarpadas montañas, acentuadas por las nieves.

El misterio, la entronización del paraje natural, fue llegando en sucesivos cambios culturales que siguieron después. Hoy mismo, el turismo sigue mitificando numerosos espacios del mismo contorno hidrográfico y geográfico de estas como de otras montañas, al tiempo que hace irreversible el triunfo de un término globalizado en todo tipo de redes sociales, foros, carteles informativos.

No obstante, un dato digital puede atestiguar la sencillez primitiva del topónimo autóctono, lejos de discusión alguna: en internet la web www.foropicos.net recuerda el topónimo en boca de los nativos, *Picos*, *los Picos*, sin más añadidos. Como fue siempre *El Picu*, y a todo más con *Urriellu*, tan lejos del *Naranjo de Bulnes*, del todo ajeno al lenguaje pastoril de siempre.

2. INDOEUROPEO

2.1. Vindio

Se dice que es el nombre antiguo de Picos de Europa, pero falta por saber su localización originaria: tal vez pudo extenderse a toda la Cordillera Cantábrica, cántabro-astur, como ya venía a suponer el geógrafo Ptolomeo (s. II); o, al menos, a una mayor extensión que estos macizos actuales más conocidos y escarpados del Cornión. Será con Floro y Orosio cuando surge el *Vindio* como monte individualizado, pero que tampoco se puede reducir a una cima concreta, como advierte E. Martino (1987: 59).

El caso es que, una vez más, la superposición (implantación, sustitución...) de culturas eliminó un nombre precristiano que pudiera competir con Covadonga. Peña Santa vendría a ser pura transcripción semántica de Monte Vindio, el dios blanco (el Sol) que cura las enfermedades. Como supone Eutimio Martino (1987: 53 y ss.) el topónimo *Vindio* (del adjetivo celta, *vindos*) se interpretó como ‘blanco’, por lo que también se le ha identificado con *Sierras Albas*, *Sierra de Alba*, en las montañas cántabras (adjetivo latino, *alba*). De

ahí, la sucesión *Monte Vindio*, *Monte Blanco*..., y *Picos de Europa*, finalmente.

El Mons Vindius sería el lugar sagrado, el refugio de los astures ante la conquista romana. Varios historiadores de los primeros siglos registran ya el topónimo: *Vindium montem* (Floro, siglo II); *Mons Vindius* (Tito Livio); *Mons Vindius* (Ptolomeo), *Vinnium*, *Vinnio* (Orosio, siglo IV).

De aquí huyeron inmediatamente al Monte *Vindio*, muy alto, adonde pensaban que habían de subir las olas del mar antes que las armas de Roma

(Floro)

Vencidos, huyeron al Monte *Vinnio*, muy seguro por naturaleza, en donde perecieron casi todos por el hambre del asedio

(Orosio).

Era el monte más alto donde no podrían subir las armas de Roma, donde morían de hambre antes de entregarse a los romanos. El adjetivo indoeuropeo celta, *vindos* (blanco), se aplicaría por las nieves perpetuas, o por las calizas relucientes y blanquecinas... En él se habrían dado las batallas del emperador Augusto contra los cántabros.

Pero el topónimo se fue diversificando. Como luego se verá, se fue dispersando por la geografía de los Picos en una serie de nombres que parecen la traducción semántica del original *Monte Vindio*: así surgiría *Peña Blanca*, *La Cabra Blanca*, *Torre Blanca* (en torno a Peña Santa), *Los Albos*... Para J. R. Lueje (1996: 35), aquel *Monte Vindio* pronto pasó a ser *Monte Blanco*, como primera denominación de los Picos de Europa. Y más allá de los Picos, queda *Bendueños*: aunque no aparece en las cuentas de E. Martino.

Otras interpretaciones posibles de localización del Vindio: Bendueños

Ciertamente, E. Martino sostiene la identificación amplia del Monte Vindio reducida a los Picos de Europa, aunque no sea en una de sus cumbres exactamente: en varios picos, pero solo de esta montaña a medias entre cántabros y astures. Rechaza, por tanto otras posibles como la del Bierzo (supuesta *Vellica*, *Bérgida*); o como la de Peña Ubiña, por traducción a *albina*, *Peña Obina* (1987, 62 y ss.).

El problema de esta teoría es que E. Martino o no conoce, o silencia oportunamente el topónimo Bendueños, aunque ya aparece registrado por Madoz. Tal vez, el hecho de reconocer la existencia de *Bendueños*, en el mismo valle de Peña Ubiña, le hubiera exigido modificar la extensión desde Picos de Europa bastante más al occidente. Y, si no conocía el topónimo, su teoría queda incompleta en este punto. Martín Sevilla en su tesis doctoral (1980) y otros trabajos, propone la filiación etimológica indoeuropea, de origen teonímico, hoy más aceptada.

Las consecuencias resultan de interés: el *Monte Vindio* no estaba reducido a los Picos de Europa (cántabros y astures), sino que se extendieron, por lo menos, hasta Peña Ubiña, en un paralelismo de topónimos simétricos, como también sostiene M. Rabanal (1953: 128 y ss.). Peña Sagra (Cantabria), Peña Santa (Picos), Peña Ubiña (Lena). En un cuadro se podrían resumir los paralelos y coincidencias:

*El valor de la peña: alimento, compañía,
cobijo en la soledad de las calizas*

Los pastores siguen adorando a su modo las peñas, las calizas, las alturas blanquecinas, nevadas buena parte del año. Las peñas traen muchos peligros para hombres y ganados: muertes. «Los cainejos no mueren, se despeñan», dice aquella sentida frase. Pero en aquellos contornos pastoriles y cazadores de siglos o milenios atrás, no quedaba otro medio, ni remedio de vida para unos y otros. Había que vivir del contorno, o no vivir: pastoreo y caza. Poco más.

Por ello, a pesar de los rigores de las peñas, los pastores saben que ellos y sus ganados dependen de las calizas. Sirva el ejemplo de las palabras de aquel pastor de Demués, que pasaba el verano en los altos de Ariu, Vegamaor, Ostón... Allá por el invierno arriba (por febrero), con el ganado en las cortes y las carbas, con muy escaso pasto todavía en los valles, me decía con los ojos brillantes clavados en las peñas cimeras, muy nevadas entonces, de Soñín y Ariu:

¡Cuándu llegará el 25 de abril pa subir con el ganáu y la reciella a Ariu...

La frase tan espontánea, surgida de las entrañas del alma del pastor, resumía toda la vida que supone para hombres y ganados la pre-

sencia de la peña, la mayor parte del año entre la primavera temprana y el invierno otra vez: alimentos frescos para el ganado, protección de los animales salvajes, sombra en los calores más intensos del estío; frescor en las corrientes del viento al filo de las cumbres. El pastor siente y vive de la peña y del ganado, en esa cultura de hace miles de años. Lo dice la copla:

Soy pastor, nací nel monte,
entre la flor yal yerbáu;
calor nun tengu de naide,
más que la del mieu ganáu

*El culto pastoril a las calizas: las alturas
que dan seguridad en circunstancias
diversas (ver y no ser vistos)*

O plantas medicinales para la cabaña; arbustos y raíces más duras para el fuego de la lumbre; calidad de yerbas y otros alimentos, agua asegurada en las oquedades y recovecos de las calizas en forma de abrevaderos, con el simple rocío nocturno de la noche. El carácter sagrado de las peñas calizas, sobre todo: los lugares de veneración y culto en consecuencia con ello. De ahí tantas capillas por las *mayadas* de los puertos.

Los mismos animales del monte (los robezos) confirman sus que-rencias por las calizas, con su lema conocido de «ver y no ser vistos»: para ello, se encaraman en las peñas para vigilar el peligro, se mimetizan por el día seguros, inmóviles, en las sombras de los riscos, al borde de la nieve, y en los ángulos muertos de los espacios más invisibles; huyen de sus enemigos trepando peña arriba, y se encaraman donde no llegan las garras *del llobu ni del humanu*. Las peñas, lugar venerado a su modo por los animales también: las alturas siguen salvando y dando vida todo el año a unos y a otros, cada uno a su modo.

*El imprescindible calor del sol en las
montañas nevadas: el culto al dios Sol,
para que desnevara pronto las calizas*

La referencia al Sol parece deducirse de la etimología propuesta para Bendueños por el inolvidable Martín Sevilla en su tesis docto-

ral, allá por los años ochenta: *Vindonnus*, el *Vindos dominus*, como referencia indoeuropea al ‘dios blanco’, ‘el dios solar’ que cura las enfermedades, que devuelve al calor a las alturas, y permite que vuelvan a retoñar plantas y animales. Guillermo Mañana (1994: 46) cita también al dios *Vintius* de la Galia, considerado de origen ligur. El paisaje del Monte Vindio que, tal vez, se haya extendido, por lo menos, desde Peña Sagra y Vendejo hasta Bendueños, con Petra Sacra, Peña Santa, por el medio.

Incluso el nombre de Peña Ubiña podría ser una simple latinización forzada del supuesto **La Vindia* (E. Martino): la peña *Vindia* (dedicada al dios *Vindius*), a través de **Albindia* (metátesis posible), **Aubinia* (vocalización de lateral, -al- > -au-), **Obina*, **Obiña*. Hoy Ubiña todavía para muchos mayores. Es decir, una traducción semántica directa desde *Vindos* (blanco) hasta *album* (blanco), para mayor claridad de los nativos, una vez romanizados.

Tal vez, convendrían aquí las palabras del *Maha-Barata*, que podrían resumir la importancia vital del Sol, y especialmente entre unas montañas nevadas la mayor parte del año. Sin la luz del Sol, sin el calor a la falda de las rocas, la vida sería imposible en aquellas alturas escarpadas: no habría pastos, caza, frutos silvestres, vida abundante en torno a los *llagos* y los ríos cimeros.

De ahí la divinización que supone la voz desde tiempos indoeuropeos:

Sol, si tu salida
no aporta luz al mundo,
sus ojos quedarán
condenados a la ceguera,
y los seres dotados de razón
no podrán caminar
por los senderos de lo justo,
de lo útil y del amor

*Entre Vendejo y Bendueños: una larga historia
que atestigüa el Monte Vindio, por lo menos,
desde Cantabria hasta Lena*

Como se decía más arriba, la historia de unas peñas (*Peña Sagra, Peña Santa, El Cornión...*) puede remontarse bastante más allá en el

espacio y en el tiempo. Mucho antes de conquistadores y conquistados; de pastores, *mayadas* y ganados; de montañeros, peregrinos o turistas. A través de las palabras, toponímicas en este caso, podemos deshacer el camino, y rastrear de siglo en siglo, de cultura en cultura, el paisaje habitado de los Picos.

Y vamos tejiendo de paso ese gran mosaico de raíces milenarias, que se extiende bastante más allá (a oriente y a occidente) de las limitaciones oficiales, lejos de los estrechos recintos en demasiadas ocasiones del todo artificiales. La referencia más evidente del Monte Vindio (fonética y semántica a la vez), se conserva en el caso citado de *Bendueños* (El Santuario de *Bendueños*) en Lena: con larga tradición de peregrinos y romeros al Camerín (pequeño recinto de la capilla originaria), catalogada en torno al siglo XV.

Con la misma base, en la toponimia cántabra, en Liébana, está *Vendejo*, no por casualidad en las inmediaciones de Peña Sagra, del antiguo **Vindelio*, del galo *Vindo-ialo*, que cita E. Martino (1987: 56 y ss.); algo así como el ‘lugar blanco, reluciente’. Lo mismo que *Liébana*, en interpretación del mismo autor en la cadena evolutiva de las palabras: la Crónica Albeldense (881), ya registra *Libana monte*. *Libana* (siglos IX al XI), **Lébana* (doc. siglos IX-XIII). Para todos ellos, supone, por tanto, este autor, la forma posible **La Vindia* (**Illa Vindia*), *labyna* (doc. 1250), **Lavinia*, *Labania* (doc, siglo XVIII), *Lebania*, *Libania* (doc. siglo XVII), *Liébana*, *Lebeña*, finalmente. La región del Monte Vindio, en definitiva.

Más al oriente, el pueblo cántabro de *Vendejo* (sobre el río Pesaquero, a la falda de Piedrasluengas). Y más al occidente de Picos, el pueblo lenense de *Bendueños*, a la falda de Ubiña. En la toponimia francesa, *Vendeuil*, de *Vindoilum*, que cita Joaquín Caridad (1995: 109); o *Venteuil*, que añade Dauzat a la misma raíz (1963: 669).

2.2. Liébana

De los citados documentos medievales (*Libana monte*, de la Crónica Albeldense, 881), se llegaría al pueblo cántabro de *Lebeña*: entre Panes y Potes (*desfilaeru* de La Hermida), no por casualidad a la falda de las estribaciones de *Peña Sagra*. Allí se levantó la Iglesia de *Santa María de Lebeña* que no puede menos de recordar a *Santa María de Bendueños* (otro paralelismo más), también en el mismo valle que culmina Peña Ubiña.

EL MONTE VINDIO: LA MONTAÑA QUE UNE ORIENTE Y OCCIDENTE		
Peña Sagra lat. <i>sacra</i> Cantabria (más oriental)	Peña Sagra La Peña Sagrada Cosagre Cuestas Sagradas	Santa María de Lebeña Nuestra Señora de la Saluz (Áliva) Nuestra Señora de la Saluz (Carreña)
Peña Santa lat. <i>sancta</i> Picos (más central)	Petra Sacra Peña Santa La Torre Peñalba Los Picos Albos, Peña Blanca Torre Blanca La Cabra Blanca	Torre de Santa María Collada de Santa María Las Tres Marías La Virgen de Covadonga La Santina
Peña Ubiña (Lena) lat. <i>albinea</i> , * <i>Lavindia</i> , la montaña del dios <i>Vindius</i>	Peña Albinea Pena Obina Penubina	Santa María de Bendueños La Santa de Bendueños

Tantas coincidencias resultan muy significativas: tal vez un mismo origen en *Vindio*, por caminos distintos, pero con semejante proceso de cristianización, con la Virgen María antepuesta al monte sagrado prerromano en los dos casos (Vendejo y Bendueños).

2.3. Deva

La toponimia sagrada de los Picos rodea por muchos lados estos macizos, con la hidronimia en este caso. Por ejemplo, *el riu Deva* (el de Covadonga), el que nace en los altos de Orandi y Monte Auseva, en el *riu* Las Mestas, y que termina por ocultarse en El Sumidoriu hasta reaparecer luego, más abajo, en las cascadas de La Cueva sobre El Pozón. Por este carácter misterioso del tramo oculto, las leyendas de estas aguas se fueron multiplicando con los años en la interpretación de los pastores; entre ellas destaca La Fuente de los Siete Caños, o La Fuente del Matrimonio, como se oye ahora también.

En la fastera más oriental, casi simétrico, fluye el otro *riu Deva* (el de Panes), el que nace en los altos de *Fuente De*, desciende por la vertiente cántabra de Liébana, pasa por Potes, desfiladeru de La Hermita y sigue hacia Unquera y Tinamayor por Peñamellera Baja y Ribadedeva. Río muy salmonero y truchero por tradición, circuns-

tancia que supondría una imprescindible fuente de alimentos para los nativos de varios milenios atrás. Por algo las aguas se consideraban de origen divino.

Porque el agua era el alma y la fuente de alimento de los Picos de Europa todos los días del año. Las aguas divinizadas, convertidas en diosas, indoeuropeo, **deiw-* (brillar, cielo, divinidad), sánscrito, *deva*; lat. *deus, dea* (Eduard Roberts, 1996: 34). Por algo los ríos se consideraban de origen divino, la bondad de las divinidades.

2.4. Fuente De: sobre el Deva más oriental

En la cabecera del Deva más oriental fluye la fuente con resonancias divinas. Paralela al otro manantial de Junseya: la fuente del Sella, en los altos del Pontón. En 1342, Alfonso XI recoge *Fuente de Eva*, en el Libro de la Montería. Un dato más que atestigua esa interpretación tan fluctuante que poco asegura en la etimología posible de una serie de topónimos: *Picos de Europa, Picos de Uropa, Lago de Nol, Valle de Eón, río Uge, río de Uje...*, como algunos autores recogen e interpretan a veces, y que podrían dar pistas sobre la raíz más probable, a pesar de las escasas fuentes fidedignas. De ahí tantas etimologías propuestas para tan pocos acuerdos.

2.5. Áliva: tal vez, del indoeuropeo **al-i- *deiw-* (el agua divinizada)

En este contexto cultural (y etnolingüístico) de la toponimia sagrada en torno a los Picos, el nombre de Áliva hace pensar, una vez más, en una raíz prerromana (preindoeuropea, ya para algunos) con el matiz de la divinidad a modo de sufijo. Tal vez, **al-i-* (fluir), más **deiw-* (divinidad), con pérdida intervocálica de la dental (-d-), como en *Auseva* y semejantes; si de **Ausdeva*, a *Auseva*; de **Ali-diva*, a **Áliva...* Para Gelu Marín (2007, p. 292), se trata, sin más, de la expresión celta *aa diva* (agua divina).

En definitiva, *Áliva* sería el agua, la fuente divina, calco semántico de Fuente De. En realidad, serían un nombre paralelo que cerraba estos macizos entre Occidente y el Oriente: por ambos lados los dos ríos *Deva* (el de Covadonga y el de Panes); y, de forma correlativa, sendos montes donde nacen esos dos ríos: el monte *Auseva* y los puertos de *Áliva*.

*Con Nuestra Señora de la Saluz en Áliva,
incluida, al par del otro Deva y Fuente De*

A juzgar por la fiesta de pastores que celebran los lebaniegos cada mes de julio en la inmensa campera, todo hace pensar que la fe de los nativos estaba muy presente en sus preocupaciones y rezos en los días de las *mayadas*: el nombre de la Santa convivió con el de *San Pedro de Advíncula* (en honor de San Pedro encadenado).

Nos explican los vecinos de aquellos pueblos (Espinama, Pambes...) que hay dos imágenes: El Sagrado Corazón (la imagen grande) y La Virgen de la Saluz (la imagen pequeña); esta imagen (la Santuca, que dicen algunos) se sube a primeros de junio en procesión desde los pueblos, y se baja en setiembre, de forma que su devoción está muy arraigada.

El nombre de la Saluz pudiera estar relacionado con el agua también: *Las Siete Fuentes*, manantial a pocos metros sobre la capilla actual, que dicen los pastores echa muy buenas aguas todo el año, alimentadas como están por los neveros de aquellas peñas de Fuente De, buena parte del año. Celebran la fiesta el 2 de julio, sea día de semana o de domingo. Tiempo atrás, los más mozos hacían carreras a pie, a caballo, con cintas... Hoy más bien se redujo a las típicas comidas campestres en torno a la ermita, después de la procesión.

La plegaria de la salud resuena así cada año en las camperas de Áliva:

Tú, que del triste mortal
eres SALUD y esperanza,
de tu Hijo, Virgen, alcanza
la curación de mi mal.
Y si este bien temporal
no conviene al alma mía
dame paciencia ¡oh María!
hasta que llegue el momento
en que de males exento
goce la eterna alegría.

2.6. Auseva: sobre el Deva más occidental

En la estructura toponímica (etnotoponímica) de los Picos, El Monte *Auseva* supone otro interesante correlato de nombres y fun-

ciones entre la zona occidental con la oriental, traducida a palabras del terreno. *El Monte Auseva* da nacimiento a las aguas del *río Deva* de Covadonga, como los altos de *Fuente De* dan nacimiento a las aguas del otro extremo del Macizo, camino del otro *río Deva*, el que desciende a Panes por Potes, Urdón, La Hermida... Unidos, al menos, por las palabras los dos ríos Deva.

Auseva, en cambio, es nombre difícil, por escasamente analizado: suele interpretarse a partir del indoeuropeo **ap-*, **ab-* (agua). El hecho hidrográfico de que el *río Deva* nazca precisamente en El Monte *Auseva*, hace pensar, por lo menos en una interpretación popular de tantas, a la hora de combinar raíces y morfemas en las palabras del terreno especialmente.

*Tal vez de nuevo la diosa del agua en este lado
más occidental de los Picos: indoeuropeo
*ap-, *ab- *au-s-, *dewa*

Ya el primer componente del hidrónimo sigue muy difuso todavía. En la documentación medieval, Alfonso III (883) escribe ya *Auseva*. Más tarde *Aseuua*, *Aseuba*, *Auseva*... Tal vez de la misma raíz prerromana **au-s-* ('agua'), considerada una variante más del indoeuropeo **ap-*, **ab-*, **au-*, documentada por Battista Pellegrini (1999: 368) para el río italiano *Ausa*, variante de *Apusa* (citada también por el francés S. Gendron como precéltica).

Y el segundo componente, dista de estar claro tampoco, por los análisis escasos y difusos de los que dispone hasta la fecha. No obstante, la coincidencia hidrográfica de los ríos y sus cabeceras respectivas, inclina a pensar en la coincidencia hidronímica en sus comienzos: divinidades en los dos casos. Por esto el segundo componente *-eva* podría remontarse al término **deiw-*, **dewa* ('divinidad, diosa'), con pérdida de interior de *-d-* por fonética contextual débil (*-s-d-e-*), antes, posible **Ausdeva*.

Tal vez, no por casualidad, un mismo hidrónimo delimita (o une, según se mire) por el este y por el oeste el contorno de los Picos. El culto al agua en las montañas, una vez más. No por casualidad, llevan el mismo nombre el río más oriental de los tres macizos, el que nace en Fuente De; y el más occidental, el que nace en el Monte Auseva.

3. CELTA

3.1. Tárano, La Cuesta Tárano...

Cuenca del Cares. Varios lugares llevan el nombre *Tárano* en torno a los Picos, lo mismo que en otras montañas asturianas. Por ejemplo, *La Cuesta Tárano*, bajo Vega d'Ariu y Juertu Rey, entre aquellas vertiginosas pendientes y precipicios del Cares, La Canal de Trea y La Canal de Sollambriu. Impresionan los rayos en las tormentas que resuenan especialmente en la garganta (Trea, Estremeru...). Con el mismo nombre *El Monte Tárano*: junto a *La Cuesta Tárano*. *La Traviesa Tárano*: en La Cuesta Tárano. *Taranis*, el dios del cielo y las tormentas, estudiado por Martín Sevilla (1980: 76).

Táranu, El Táranu de Castro, sobre Caín

En torno a Caín, el topónimo quedó en las dos laderas del mismo Cares. Hay tres lugares llamados *Tárano*: *El Táranu*: junto a Caín, margen izquierda del Cares, sobre el pueblu; *El Táranu de Castro*, sobre Caín pero en la margen derecha del Cares (bajo La Canal de Mueño, valle de Corona); y Tárano, ya citado, sobre La Canal de Trea, por debajo del pueblo, margen izquierda también.

Esta circunstancia de tres *Tárano* rodeando al pueblo viene a indicar la gran preocupación de los nativos por invocar un dios protector de los rayos y las tormentas, por ambas laderas de la vaguada del poblamiento. De ahí la omnipresencia del dios en esta zona alta del Cares. Con otra base, *La Cerra 'l Rayu*: al este de Peña Santa, sobre los puertos de Cuba. Y bajo *Tárano* de Castro, Sanijiesto, como se dijo.

Los otros Táranu: cuando la tierra también avisa y se convierte en divina protectora

En la Cuenca del Casañu, hay *Táranu*: pendiente bajo Cabeza Llerosos (Cabrales). Y otros parecidos. *Táranu*: picu en Mestas de Con. *Táranu*: picu sobre Asiegu. Muchos truenos y chispas en las tormentas, por toda aquella zona que tuvo minas de manganeso (doy fe de aquella tormenta infernal bajo Tebrandi...). *Tárano de Carreña*: entre Poo e Inguanzo, ya sobre El Casañu también, en el valle al otro lado del Cares por su margen izquierda. *Tárañu*: en Cangues d'Onís. *El Táranu de Belimbre*: sobre Tresombos de Carreña. *Tarañones*: en Portudera.

Y tantos otros como *Tarna*, *Taranes*, *Taranín...*, en parajes más alejados. Otra cosa es el lugar, la ubicación misma del nombre: en ocasiones parece puesto justo donde caen los rayos; en otras se diría que los nativos lo colocaron precisamente donde se sentían protegidos, donde no caen los rayos (*Taranes*, *Tarna...*). No coinciden siempre las situaciones atmosféricas ni las geológicas, así a primera vista, pero casi siempre con mineral debajo.

Muchos topónimos de los Picos y alrededores confirman esa naturaleza mineral del suelo que los hace más propicios a la atracción de los rayos y las chispas en las tormentas. Son muchos los topónimos con referencias minerales, y en concreto al hierro (el jierro): *Bujarrera* (Buferrera), *Bujarreda*, *La Canal de la Jerrera*, *La Riega la Jerrera*, *La Jerreriza*, *Collaú Jerráu*, *Los Jerreros*, *La Peña'l Jerru*, *La Pica'l Jerru*, *Pelajierru*, *El Canalón del Jierru...* (dudosos algunos, ciertamente).

En estas circunstancias geográficas (más bien geológicas, por tanto), el dios del trueno debía ser rebuscado en muchos parajes más expuestos de los Picos. Así terminaría por formarse el topónimo al completo (redundante), caso de *Tarañosdiós*, una vez que los cambios de culturas y los tiempos irían haciendo desvanecerse entre los mayores la explicación del nombre precéltico.

*Entre el Tárano de abajo (de jusum, de yuso),
y Tarañosdiós del cielo: un mismo dios sobre
Covadonga y el río Deva, no por casualidad*

Pero resulta dudoso el momento de la transformación del *dios Tárano* en *Tarañosdiós*: cima de rocas calizas y vegas cimeras entre los pueblos de Gamonéu y los altos de Covadonga, en el cordal que asciende hacia El Mirador de la Reina. El mismo término sagrado *dios* es ya indoeuropeo: **deiw*, **deiwos*; sánscrito, *devah* (Edward Roberts y Bárbara Pastor, 1996). Ya en latín, *deus*, mismo origen de *Iovis* (Júpiter). Por ello, *Tarañosdiós* podría ser nombre de raíz ya prerromana en sus dos componentes.

Pues cabe un matiz en la interpretación. El propio lenguaje popular de los pastores, en aquella sana intención de cavilar y dar sentido a los nombres de su entorno, podría haber convertido un

Taranos deorsum (el Tárano del *puertu baju*, el puertu del invierno, *de rayas abajo*), en *Tarañosdiós*, sin más: un dios a su medida y para su época. Con una tradición muy arraigada de que *Tárano* los protegía de los rayos y los truenos, lo explicaron detrás a su modo, convirtiendo el adverbio latino *deorsum*, en *dios* (G. Arias, 2005: 745), cuando en su uso diario tendría que haber sido *deyuso*, *deyús*...

En todo caso, no quedó **Taranosdiós*, sino *Tarañosdiós*: con la original *-n-* palatalizada en *-ñ-* y todo, tal vez a través del posible **Taraneus*, una vez latinizado al completo. El nombre sería fruto del sentimiento popular o religioso, propio de aquellos tiempos, a medias entre *el sincretismo y el dualismo*, en palabras de Guillermo Mañana (1994: 50). Y así —continúa este autor—, se da la cristianización de un lugar de culto pagano: «*Taranae*, dios del fuego y del rayo debió de enseñorearse ya desde tiempo inmemorial del macizo de Peña Santa».

El Campu'l Dios, divinizado también

Esa reinterpretación de un paraje, tan frecuente de unas culturas a otras, se refuerza con topónimos parecidos. Es el caso de *Campu Dios*, pequeña campera en la *mayada* cabraliega de La Beyuga, próxima al Mazu'l Rey y a Los Llanos del Matadoriu, ambos de resonancias mortíferas. Todo ello bajo las calizas de Jascal y Llerosos.

Contaban los pastores que subían a la *mayada* que El Campu Dios es zona apacible y más segura para los ganados, en contraste con aquellas peñas, a veces castigadas por los rayos. Y al lado de los precipicios circundantes, donde a veces se despeñan los animales en los días de la *mayada*. Con la misma base: *El Jou Dios*. *La Boca la Divina*, sobre el *ríu Dobra* (oeste de Picos), dando vista ya a Amieva.

En todos estos casos, y en aquel paisaje religioso de Picos traducido a múltiples topónimos, tal vez se trate de una divinización más a partir del adverbio ya latino, *deorsum* (de abajo), como se dijo. Pero los pastores no dijeron ni *deyuso*, ni *deyús*, o algo parecido (como sería esperable en la zona), sino *Dios*, como quisieron dejar bien claro en el topónimo.

4. CRISTIANIZACIÓN: LA CONEXIÓN DE LAS PEÑAS BLANCAS CON EL AGUA, CON LA MADRE DEL AGUA

4.1. Peña Santa, Torre Santa, Torre de Santa María..., Enol...

Poco a poco, aquella cultura de las cumbres y las nieves iría des-
cendiendo a las *mayadas* y a los valles. A medida que la ganadería y
el pastoreo se iban organizando de forma más estable en los pueblos,
se iría reforzando la reflexión, popular y culta al tiempo, sobre el
valor de las peñas, de las nieves, del agua entre los rigores de las
montañas, según la época del año. Había que conectar la roca y el
agua, las divinidades prerromanas y el culto cristiano. *Vindius, Santa
María, La Virgen de Enol, La Virgen de Covadonga.*

La intensa cristianización medieval se diría que se fue tallando en
las montañas también. En principio, habría que precisar el sentido
autóctono del topónimo: Peña Santa era la peña mayor de Picos, que
culmina todo el conjunto del Macizo: El Cornión. No había la distin-
ción *Peña Santa de Castilla* y *Peña Santa de Enol* (más reciente, y
llegada por los foráneos), que fue *Torre de Santa María* para los nati-
vos siempre.

Con la llegada de la Reconquista, la peña se habría convertido otra
vez, en símbolo de resistencia, ahora cristiano, como antes, de los
indígenas contra los invasores romanos: el lugar infranqueable que no
podrían alcanzar unos enemigos no habituados a los rigores de las
peñas, al tiempo que se desenvolvían mejor los nativos de la zona.

*Por tanto, del Vindio se pasaría primero
a Petra Sacra, Peña Santa...*

Muchas interpretaciones se dieron con el tiempo al adjetivo *santa*
aplicado al conjunto de estas peñas: la que vierte a Enol y la que vier-
te a Caín (Valdeón), ya en la vertiente leonesa. Guillermo Mañana
(1994: 394 y ss.) hace un minucioso estudio de toda la documenta-
ción antigua sobre la peña y sus términos toponímicos; así llega al
documento antiguo: *Petra Sacra*, en la *Crónica Albeldense* (976), la
peña Sagrada, por tanto, la misma que dio *Peña Sagra* en Cantabria.
Peña Santa sería la antigua *Petra Sacra*.

Para la justificación del adjetivo Santa, se han dado diversas posibilidades: lugar seguro de los nativos frente a pueblos invasores, lugar al reguardo de salteadores de caminos, protección en las guerras... En todo caso, el adjetivo *Sacra* pudiera ser la traducción, sin más, de un término muy anterior con sentido parecido, pues peña tan importante en lo geográfico y estratégico, no podía dejar de tener un nombre ya muchos siglos antes de latinos y cristianos. Como se dijo, *El Monte Vindios*, de filiación indoeuropea, como ya es casi unánime entre los etimologistas.

*Y ya, de Peña Santa a Santa María,
solo en un paso más*

La cultura cristiana habría supuesto la traducción definitiva del adjetivo *Vindos*, al adjetivo *Sacra* y al romance castellano: *Peña Santa*, en el conjunto toponímico (etnorreligioso) que fue creciendo en torno al río Deva y a la Cueva de Covadonga. La prueba está en la cantidad de lugares de los Picos que llevan ese adjetivo *Santa* en épocas sucesivas (puede que no todos coincidentes en el tiempo, ni entre todos los nativos de los distintos pueblos circundantes):

- Adjetivo Santa: *Torre Santa, Peña Santa* (Peñe Santa, que se oye todavía hoy), *El Jogón de Peña Santa, Tresdetorresanta...*
- Santa María: *La Collada Santa María, La Canal de Santa María, La Jorcada Santa María, Los Campos de Santa María* (recoge Sordo Sotres), *La Torre Santa María, Les Collaes de Santa María, Las Tres Marías...*

A juzgar por los nombres menores que matizan las laderas de la peña mayor, se podría deducir que de la *Petra Sacra* se habría pasado a *Peña Santa*, con la cristianización más intensa ya en el romance medieval. Así, para los nativos quedaría más inteligible el topónimo traducido al romance antiguo.

Con el tiempo, el topónimo se debió especificar como *Peña de Santa María* a juzgar por todos esos puntos de la gran peña que van cambiando el primer núcleo sustantivo (*La Collada...*, *Les Collaes...*, *La Canal...*, *La Jorcada...*, *La Torre...*), manteniendo el sintagma adyacente (*de Santa María*). La explicación a través de *La Virgen María*, sería la interpretación popular esperable en aquel contexto religioso de Covadonga, creciente de siglo en siglo.

O *La Torre las Tres Marías*, con muy escasas interpretaciones. Podría suponer otro punto de culminación sagrada del Cornión y Peña Santa; tal vez porque allí se junten los tres *conceyos* con Santa María como patrona: Amieva (Santa María de Mian); Cangas (Santa María de Cangas, Santa María la Real de Covadonga); y Valdeón (Santa María de Corona, de Valdeón...).

Como también desde Vindonnus a Santa María de Bendueños

Como se apuntó más arriba, este dato de la traducción cristiana de un adjetivo prerromano, se continúa casi exacto en el caso del teónimo Bendueños (Martín Sevilla, 1984: 84 y 99), bastante más al oeste, a la falda de Peña Ubiña entre Lena y la vertiente leonesa de Babia. El nombre de *Bendueños* se transformó en *Santa María de Bendueños*, con su santuario creado allá por los finales de la Edad Media, al par del *camín* francés del Güerna.

Es decir, hay unos inevitables paralelos: Monte Vindio, Petra Sacra, Peña Santa..., en honor de La Santina, La Virgen de Covadonga. Y Bendueños (*Vindos dominus*, el Señor Vindios), La Santa, Santa María de Bendueños, La Virgen de Bendueños. Arriba, el dios prerromano; abajo, la transformación en el culto cristiano medieval: Covadonga. Arriba, el lugar inhóspito; abajo, La Cueva segura. Arriba, las nieves perpetuas, antes, inaccesibles para la mayoría; abajo, el agua, siempre al alcance de todos. Arriba el altar pagano; abajo, el altar cristiano.

Y, siguiendo con los correlatos: en los altos del Güerna, Peña Ubiña; a media ladera del valle, el Santuario de Bendueños. Ello confirmaría aquellos supuestos ya de Ptolomeo, de que, en realidad, el Monte Vindios no era solo Peña Santa, sino que abarcaba la vertiente cántabra (más al este), como demuestra Peña Sacra. Y que se extendía más al oeste, como demuestra Bendueños en Lena.

Jou Santu, no por casualidad, bajo Peña Santa

El adjetivo *Santu* aplicado al gran *jou* pudo surgir, en sus principios, por su aprecio como fuente de agua (*neveru*) y alimento (caza), como se verá para *Sanllago* (caso de santificación evidente). El gran *jou* puede ofrecer nieve hasta en pleno agosto: el agua imprescind-

ble en aquellos altos, cuando más falta hacía. Allí quedaba asegurada para los nativos, los pastores, los ganados... Y, sobre todo, para la caza: los rebecos, la fauna salvaje que pudiera servir a los nativos (zorros, melones, osos...). Sería el caso del *Neverón*, *Cimbavieya*...

J. R. Lueje (1968: 101) cita a C. Cabal para quien el nombre de Jou Santu se debe a la capacidad defensiva de los nativos en el lugar, rodeado como está de paredes montañosas, poco menos que inexpugnables para los romanos. Allí, como en Peña Santa se consideraban protegidos. Pero, en realidad, puede ser solo interpretación popular y legendaria también.

4.2. Hasta que se creó la leyenda de la estrella de Enol: de Peña Santa a Torre de Santa María, la conexión por el agua una vez más (el origen del lago, la madre del agua)

Así llegaría la conexión de las calizas y las nieves, con las *mayadas* y con el agua, divinizada una vez más. Para justificar a María en las peñas altas, había que darle la interpretación mariana adecuada en las *mayadas* más fonderas. Y así, se explicó el origen misterioso de las aguas de un lago: la justificación divina en unas vegas con cabañas, cuando se supone que no tenían lago.

Cuenta la leyenda, en sus diversas versiones, que una peregrina apareció misteriosamente por la Vega de Enol un día de tormenta, hasta que resultó ser la Madre de Dios de paso por aquellas montañas. Tal vez la finalidad de la voz oral fuera terminar así, definitivamente, con la presencia del dios *Vindius*, y comenzar el reinado de *La Virgen María* hasta en las mismas cumbres.

El topónimo se instalaría así en *La Torre de Santa María*, la peña sobre Cemba Vieya, con frecuencia llamada Peña Santa de Enol. Según Guillermo Mañana, Peña Santa solo es la de Castilla: así lo confirman por escrito los pastores de estos altos, firmantes en el último libro, *La garganta del Cares*. Por tanto, Torre de Santa María. Lo de Peña Santa de Enol y Peña Santa de Castilla, registradas por escrito, se atribuye los montañeros franceses, Saint-Saud y Labrousche.

En todo caso, parecen nombres puestos por caminantes foráneos, lo mismo que Naranjo de Bulnes, en lugar de Urriellu. Para los extraños, habría que distinguir entre las dos vertientes. Hasta llega-

ron a llamar Peña Santa de Asturias a la Torre de Santa María (J. Delgado, 1996: 58).

*Una peregrina por La Vega
en una noche de tormenta*¹

Versión A (en prosa): una Señora, muy bien vestida pero muy asustada, que resultó la Madre de Dios

Parece la versión más antigua entre otras varias (4 encontradas): es la más corta, la figura femenina es la más humana, no aparecen signos divinos hasta el final del relato. En realidad, se repite el mito de la estrella, como signo enviado del cielo para anunciar un milagro o un suceso importante para los humanos. Una estrella que descien- de de las alturas divinas a la *mayada* de unos pastores, que entonces no tenían lago alguno ni agua para el ganado.

Se diría que la intención popular era la de justificar la presencia del agua, de un lago, entre unas montañas en las que tanta falta hace en verano para pastores y ganados. Había que dar una explicación a las aguas. Y, al mismo tiempo, castigar la falta de hospitalidad con una mujer de paso por unos parajes inhóspitos, un día de rayos y tormenta resonando aterradores entre las peñas. De todo ello, surgirían las aguas del lago.

Dice así la voz oral:

Una noche de tormenta con relámpagos y rayos, apareció una señora muy bien vestida que cruzaba La Vega muy asustada. Llegó a las cabañas temblando y pidiendo cobijo a las pastoras que había, pero se reían de ella por sus miedos a los truenos, y todas le iban respon- diendo al tiempo que le cerraban la puerta:

—¿Miedo la emperigorotada, no lo teniendo nos? —le reprochaban con mofa las pastoras.

Y le iban cerrando puertas, cabaña tras cabaña, con grandes risota- das. Pero llegó al final de La Vega, donde, en la más humilde, una pastora, igualmente muerta de miedo como ella, salió a su encuen- tro, y las dos lloraron asustadas buscando el calor de la lumbre. Al llegar a esta última cabaña, observó la pastora que una lágrima de la buena Señora caía sobre una margarita de la campera, al tiempo que

¹ V. Julio CONCEPCIÓN SUÁREZ, 2014, pp. 116 y ss.

partía la flor en dos. Entonces, entre el estruendo de los rayos, se oyó una terrible voz:

—¡Nadie pisará ya más la tierra donde mi Madre lloró: hundida sea por siempre la vega de maldición! —era la voz de Dios...

En ese momento, toda la vega que ahora cubre el Lago Enol, se fue llenando de agua con una gran tormenta que descargó toda la noche, hasta cubrir todas las cabañas, salvo la de la pastorina más hospitalaria que dio cobijo a la que resultó ser La Estrella de Enol.

4.3. Covadonga: desde la Torre de Santa María y La Vega de Enol hasta la Cueva

Topónimo muy discutido hasta la fecha. Pero el caso es que con el nombre mariano en la cumbre, todos los que contemplaran la Peña en cualquier estación del año, aún en las mayores distancias, recordaría que estaba dedicada a Santa María: la Madre de Dios, como bien explica la leyenda de Enol.

Y, como la Peña se contempla no solo desde Cangas, Valdeón o Cabrales, sino desde la inmensa mayoría de los concejos asturianos entre el oriente y el occidente, el culto a La Virgen María estaba asegurado. En este caso, desde los altos, progresivamente, hasta los valles. *El culto a la Tierra que protege como Madre.*

Así se asentaría poco a poco el nombre de Covadonga. Pero extraño resultaría que una cueva y un manantial tan generoso todo el año, rodeado de resonancias toponímicas tan remotas en el tiempo, careciera de un nombre anterior a los hechos medievales. Ya se llamaría antes de alguna manera, incluso con forma parecida.

Como en Santiago de Compostela, desde la villa bien compuesta, se llegó al supuesto campo de la estrella

Una prueba ya generalizada de la transformación de un nombre común a otro religioso es el gallego *Compostela*. Los propios nombres antiguos se fueron sustituyendo por otros más significativos, a la luz de las nuevas culturas de paso. Muy globalizado está hoy el caso de Compostela, para el que la cultura medieval interpretó el famoso *campus stella* (el campo de la estrella), y en realidad, ni *campo* ni *estrella*. Simple transformación de un nombre anterior muy sencillo: una ciudadela bien *compuesta*, tal vez la *Bellavista*, *Buena-vista*, *Vistalegre*... de tantas ciudades.

El toponimista gallego Fernando Cabeza Quiles es muy claro en este punto (1992, 154 y ss., otras obras publicadas): para este autor, *Compostela* se remonta al latín *compositella*: pequeña villa, núcleo de población bien construida, bien compuesta. Como la *Compostilla* de Ponferrada, *Compostela* de A Coruña, *Compostela* en Portugal...

Una cueva, ante una basilica más bien moderna

Por otra parte, el influjo del Santuario en el conjunto de los Picos y alrededores (Los Llagos, Cangas de Onís, Arriendas...) ha de ser más bien moderno. La Basilica se terminó de construir en 1901, con el proyecto de Roberto Fraxinelli, el Alemán de Corao (1847). Hasta entonces, el influjo de La Cueva y la Santina no podría disponer de excesiva difusión, en un contexto bastante más pastoril y ganadero que turístico, montañero, comercial..., como se contempla ahora.

Por eso, habría que pensar más bien en un influjo inverso: sería la toponimia autóctona (preindoeuropea, indoeuropea, latina...) de todo el Macizo de los Picos, la que daría pie con sus nombres originales, a toda una serie de interpretaciones religiosas posteriores. Serían los propios pastores, peregrinos, mineros, montañeros..., los que irían modificando el paisaje toponímico, al dar contenidos nuevos a sus lugares con un nombre ya más o menos opaco para ellos en muchos casos. El proceso está generalizado en cualquier toponimia.

*Covadesonga, Covadefonga, mucho antes que la
cueva de la Señora en Covadonga: el culto a una
divinidad del agua (Isis-Atenea)*

El problema está en las diversas formas del topónimo que se registran en los escritos antiguos. Remontándonos en el tiempo, el mismo nombre del Santuario no fue unánime en sus formas primeras, ni en los propios documentos escritos. Guillermo Mañana (1994: 404) registra, por ejemplo, *Covadesonga* (740). *Covadefonga* (740, documento falso). *Couam Dominicam* (884). Más tarde aparece *Cova d'Onga*, *Cueva de Onga* (*Primera Crónica General de España*, 1282-1284).

En principio, el nombre *Onga* aparece ya desde la Edad de Bronce (-2500-1000). Guillermo García Pérez (1992: 24 y ss.) lo registra en la toponimia asiática, africana y europea, llegando al indoeuro-

peo, **onk-*, **ong-* (montaña). En otras toponimias hay *Ongayo* (Cantabria), *Montuenga* (Burgos), *Vallunca* (Soria), *Brihuega* (Guadalajara), *Briongos* (Burgos), *Ongoz* (Navarra), *Oña* (Burgos), *Cidueña* (Soria).. Y en antropónimos como *Ónega*, *Onega*, *Oñate*... A la misma base asocia este autor topónimos más amplios como *Polonia*, *Sajonia*, *Letonia*, *Vasconia*...

Concluye este autor que *Onga* sería, tal vez, una referencia remota a una divinidad del agua, del origen, de la maternidad, de la fertilidad (*Isis-Atenea*), como pudiera conservarse en *La Fuente los siete Caños*, bajo La Cueva: según la creencia popular, las jóvenes que beben con buena fe de los 7 chorros seguidos, y piden un novio a La Virgen, lo encontrarán a lo largo del año. Queda en la copla:

La Virgen de Covadonga
tiene una fuente muy clara:
la niña que de ella bebe
dentro del año se casa.

*Quedan Isongo, Triongo...,
poco más abajo de Covadonga*

En la toponimia asturiana, con el mismo componente **onk-*, **ong-* (montaña) cabrían otros como *Isongo*, *Triongo* (Cangues, también), *Tebongo* (Cangas del Narcea), *Ochongo* (Lena), *Veigadonga* (Puertu Marabiu, Teverga), *Praudongo*, *Busdongo*, *Romadonga* (Gozón), *Onís*, *Güeña*, *Oñón*, *Obona*, *Beloncio* (Piloña)...., en diversas zonas asturianas.

Y, tal vez, con el mismo origen, *Doñea*, *Doñango*..., o las mismas *Dueñas* (en Piloña), por interpretación popular también. En el caso de *Pena la Duena* (Lena), *Pena das Donas* (Ozcós)...., la duplicidad de nombres parece clara: se refuerza el contenido, cuando ya no se entiende el anterior.

Resulta de interés el caso de *Las Ollas de Doñea*: surgencia sobre el río cares a su paso bajo Culiembro; las pozas del agua que brota a borbotones de la montaña. De **onk-*, **ong-*, los nativos habrían llegado al resultado más próximo a la voz familiar, como tantas otras *Dueñas*, en ocasiones sin señora ni propietaria alguna.

Aunque lo importante, como se dijo, es lo que hayan interpretado los lugareños: ellos crean y recrean los topónimos a su medida en

cada tiempo, lejos de la milenaria idea original perdida. La lengua la hace el pueblo, y la toponimia, por supuesto. Precioso ejemplo el de Covadonga.

Sirva también el caso de *La Uña* leonesa, analizado por Javier García Martínez (1992: 116), siguiendo a Albert Dauzat (1984): concluye este autor que se trata de la base prelatina, **on-k* ('montaña'). Y, en general, la base **on-n-*, se acepta como prerromana, tal vez ya preibérica o precéltica: Onón, Oñón, Aboño, Víaño, Vegabaño...

Una muy discutida etimología: como Veigadonga, Romadonga...

El hecho es que, al comprobar los parajes y los nombres sobre el terreno, en todo este campo de topónimos varían algo los referentes: 'agua, roca...', poco más. En algún caso pueden ser más dudosos por los homónimos (*Praudongo*, *Busdongo*), pero incluso en ellos, la referencia al «señor» supuesto (*dominus*, dueño), no es segura ni en lo fónico ni en lo semántico, pues se trata de montes comunales, en nada pertenecientes a un propietario o señor particular (El Mayéu *Busdongo*, del Puerto Güeria, entre Quirós y Lena).

Se da la circunstancia de que tanto *Veigadonga* (Puerto Marabiu), como El Mayéu *Busdongo* (Puerto Güeria, entre Lena y Quirós) son zonas de montaña que se inundan completamente con los *hinchentes* y *torreteras* del invierno, o los *deshielos* primaverales: zonas con manchas de nieve, buena parte del invierno, y luego abrevaderos de ganados en verano, muy útiles entre las calizas de los puertos.

O *Romadonga* (en Gozón), no por casualidad justo sobre el río Vioño y la misma ría de Avilés: un lugar junto al agua, imprescindible para la estancia humana milenios atrás. Tal vez, del prerr. **rom-* ('estancia, sala, lugar sagrado', Arias, 2005: p. 520), indoeur. **onk-*, **ong-* (montaña, agua).

Por eso, más que en el latín *dominicu*, *dominica*, tal vez habría que remontarse a la raíz indoeuropea, **on-k-* ('agua, montaña'), más tarde personificado como epíteto de una deidad femenina y nombre personal; una misma raíz, tal vez ya desde hace 4000 años, allá por la Edad del Bronce (según García Pérez).

*O domina, o dominica..., pero no
-donga, fácilmente*

Más aún, desde las abundantes citas medievales (*cova dominica, coba dominica, domu dominica...*), no puede salir *-donga* fácilmente; si *dominicum* da *domingo, dominicam* daría *dominga*; como dicen los antropónimos correspondientes, sin ir más lejos. O topónimos como *Valdominguero*.

El acento (aunque no hubiera tilde) iba en *domínica*, en la penúltima sílaba, llana, no esdrújula (nunca **dóminica*); sería **cova dominica*, no **cova dómínica*, para que diera el supuesto Covadonga. Daría, más bien, **Covadominga*. Y si fuera desde *dómína, dómna, dónna...*, daría *doña, dueña*, no *-donga*. Muchas irregularidades fónicas para Covadonga, aunque, ciertamente, los cambios acentuales y las irregularidades fónicas lo permitirían como en otros casos (no hay regla sin excepción...). De ahí la doble interpretación posible.

Y como Sancta Onga en Cantabria: Santoña

La otra raíz indoeuropea citada **on-k-* supondría el culto a los lugares altos (a la montaña), ofrecido desde un altar, mesa, plataforma..., sobre la que se adoraba a la divinidad. De ahí tantos templos y capillas en los lugares salientes en todas las culturas (Sinaí, Carmelo, Sion..., las pirámides...). En el caso de Covadonga, se trataría de una continuidad, superposición ininterrumpida de cultos desde los prerromanos a nuestros días: una visión globalizada de la cultura mediterránea conservada en los topónimos.

En opinión de G. García Pérez, el culto en La Cueva se vendría ofreciendo a *Onga-Isis-Pallas-Athenea*, ya desde la Edad de Bronce (-2500), como podrían atestiguar los topónimos citados. Es el caso de *Santoña* (ya en Cantabria): *Sancta Onga, Santa Onia*, en documento del siglo X citado por Josep María Albaigès (1988: 557).

*Así, desde el agua divinizada a la
Cueva Santa, a Covadonga...*

Ya desde los citados *Cova de Onga, Covadesonga...*, los escribanos, los traductores medievales de las crónicas (de Alfonso III, 884; Alfonso X, más tarde...) recompondrían una supuesta etimología posible (a su entender), con la forma más próxima según ellos, al no conocer ya

el significado preciso de *Onga*, y así reconstruirían *cova dominica*, que se propagó después en la más pujante interpretación cristiana.

Y así, hasta se forzaría un cambio acentual y todo para ello (esdrújula forzada): desde *dominica*, a **dóminica*, **dóminiga*, **dómga*, *dóngga*.... Los resultados normales quedan en los antropónimos correspondientes: *Domingo*, *Dominga*, y en algunos topónimos.

Por la otra parte, lejos de la *cova dominica*, otros letrados medievales y posteriores siguieron interpretando la otra raíz prerromana, *Covadefonga*, *Covadesonga*. No hay que olvidar que en 1778 (cita de G. Mañana), hablando del «*Santuario de Santa María de Covadonga*», D. Antonio Sancha, transcribe «*Ecclesiam Sanctae Mariae de Covadesonga*». Tal vez tuviera presente topónimos próximos como *Isongo*, poco más abajo de Covadonga, junto a Abamia, entre el mismo río Deva y el río Güeña.

Se trataría para estos traductores más bien de la raíz considerada indoeuropea, **is-*, **eis-*, **es-* (rápido, impetuoso), luego, simple 'corriente de agua' (como en el pueblo de Is y Braña de Is, en Allande, y tantos otros). El traductor pensaría en algo así como **Cueva de Isonga*: indoeur. **-is-* más componente **-onga* (luego, sin la vocal átona, ya en **-songa*), como se registra *Covadesonga*. Pero se diría que el escribano no pensaba en la *Cova dominica*, como se generalizó después.

A modo de resumen, desde Vindio hasta llegar a Covadonga, sirva el cuadro:

EN EL ORDEN POSIBLE DE LA CADENA SIGNIFICATIVA EN EL TIEMPO	
<i>Mons Vindius</i>	culto indoeuropeo al Sol
<i>Petra Sacra</i>	sustitución y romanización latina del topónimo prerromano
<i>Peña Santa</i>	cristianización de las peñas más altas, con nieve gran parte del año
<i>Torre Santa</i>	
<i>Torre de Santa María</i>	
<i>La Peregrina de Enol</i>	interpretación mariana de las aguas a la falda de las peñas
<i>La Estrella de Enol</i>	
<i>La Madre de Dios</i>	conexión divina de las aguas con las calizas de las peñas
<i>La Virgen María</i>	

EN EL ORDEN POSIBLE DE LA CADENA SIGNIFICATIVA EN EL TIEMPO	
<i>La Virgen de la Cueva</i>	conexión de las cumbres con los valles, los caminos y los pueblos
<i>La Virgen de Covadonga</i>	
<i>La Santina</i>	asturianización: peregrinación moderna con las nuevas comunicaciones, viales y rutas organizadas
<i>La Virgen de la Saluz...</i>	popularización de las romerías: el rostro femenino de la montaña sagrada

4.4. Una muy arraigada morfología toponímica femenina, como en tantas capillas por las mayadas

De paso por los Picos y alrededores, vemos que están salpicados de capillas, la mayoría con nombres de Vírgenes: *Nuestra Señora d'Enol*, *Nuestra Señora del Arcenoriu*, *La Virgen de Ventaniella*, *La Virgen de la Saluz* (en Áliva y en Carreña), *Nuestra Señora de Saúgu* (Amieva), *Nuestra Señora de Corona* (*La Santina de Corona*, en Valdeón)... Casi todas, con fiesta en torno al 8 de setiembre.

En paralelo coherente, se da la coincidencia de que en este tipo de hagonimia, en las parroquias o pueblos más fonderos, abundan las patronas, las Santas, los nombres femeninos: Santa María (Arenas), Santa María Madalena (Berodia y Poo de Cabrales), Santa Eulalia (Posada de Valdeón), Santa Marina y Santa Olaja de Valdeón, Nuestra Señora de las Angustias (Arenas), Nuestra Señora de las Nieves (Bulnes).

En cambio, son patronos, Santos: San Julián (Culiembro), San Pedro (Camarmeña, Soto de Valdeón, Corona), San Isidoro (Corona), San Cristóbal (Tielve), San Martín y San José (Bulnes), Santo Tomás, San Sebastián y San Salvador (Caín), San Juan Bautista (Arenas), San Salvador (Poo), San Francisco (Demués)...

Todo un proceso cultural que sigue sus ritos en estos mismos días

En la actualidad, miles de devotos llevan como amuleto su imagen de La Santina en la fiesta de Covadonga, en sus visitas ocasionales al santuario, o en lugares de migración a muchas millas de

estas reducidas montañas. Muchos emigrantes la llevaron siempre a sus continentes de destino, lo mismo en el alma que en el coche, en la cadena, o en el colgante.

Todo ello supondría el final de un proceso de enculturación milenaria que se remonta a tiempos prerromanos. De hecho, la diosa Isis está representada como *Isis-Reina*, *Isis-Madre*... En este caso concreto, la Madre del agua, la Reina de Covadonga, Nuestra Señora. Pudiera ser una versión más de la continuidad del culto a la diosa Isis-Atenea, en los valles; lo mismo que Torre de Santa María, La Torre de las Tres Marías..., supondrían la continuidad del culto a los dios *Vindios* en las cumbres más altas, en Peña Santa.

En palabras de Pedro Pidal:

La Montaña de Covadonga, el marco excelso puesto por la Naturaleza misma al cuadro único..., sublime, en que las esperanzas de la Religión se funden con los recuerdos de la historia.

5. Y TANTOS NOMBRES EN TORNO A LOS PICOS, CREADOS O CONVERTIDOS AL LENGUAJE RELIGIOSO (HAGIONIMIA) HASTA ESTOS MISMOS DÍAS

Sirvan algunos ejemplos más: *El Colláu las Cruces*: bajo La Vega d'Ariu, sobre los precipicios del Cares. *La Cruz de Ariu*: sobre la misma vega. *La Cruz de Priena*: frente a Covadonga. Y otros como *La Cabeza las Campanas*. *El Porru la Capilla*: junto a Cabrones. *L'Asientu los Canónigos*. *El Tiru'l Cura*: en El Macizo de La Celada (Peña Santa). *La Torre'l Cura*.

O *La Canal de la Misa*: sobre Soto Sayambre. *L'Aguja Corpus Cristi*: al este de Peña Santa. *El Sagrado Corazón*: en el macizo oriental, junto a Moncóu. *Cuestas Sagradas*: en los altos de La Canal de Saigu y Los Collaos (margen izquierda del Cares), ladera de Ondón. *El Peñón de la Iglesia*: en Los Moledizos.

O *El Frade*: en Los Moledizos. *El Colláu'l Frade*: Bajo Torre Bermeja. *La Jorcada del Frade*, *El Jitu'l Frade*: En Carombu. *La Cerra'l Frade*. *El Fontarrón del Frade*. Cuenca del Dobra.

Y más allá de los Picos, los ejemplos serían muchos para esta ocasión. Siempre intriga un poco más el nombre de *Pío*: poblado semiescondido al otro lado de *La Capilla del Puertu l'Arcenoriu* en

los altos de Ponga y Sayambre, allá casi en el fondo del río. Tal vez, como interpretan algunos, a partir de *lucum pium*: ‘bosque sagrado’, en referencia posible a todo el espeso y extenso bosque que recubre los altos de Peloño. Sería una continuación del bosque sagrado, el encinar, que parece latir en el topónimo *Arcenoriu* (lat. *ilicetum*), por mucho que hoy no se vean asomar encinas por el contorno.

Otros nombres en torno a los Picos, en cambio, suponen connotaciones más negativas, pero en el mismo campo de la creencia, el mito, el rito. Por ejemplo, *La Puente l’Infierno*: paso malo en la garganta del Dobra, bajo Angón (Amieva). *Jou l’Infiernu. La Cueva l’Bruxu*: cerca de Covadonga también.

5.1. Covadonga, la Cueva, confluencia de senderos y topónimos

En fin, con una u otra interpretación, nos queda Covadonga, La Cueva, el *riú* Deva, como Santuario en los valles de lo que fue el Santuario Natural de las cumbres más altas, varios milenios atrás. El destino toponímico en el que confluyen de paso todas las sendas de los Picos a la hora de explicar la vida que fue posible en estas montañas desde los nativos prerromanos a estos mismos días.

En sus remotos principios habitados, el culto a los elementos naturales más sencillos: los únicos que podían dar vida en las sucesivas estaciones del año. Más tarde, el culto a las divinidades que podían asegurar salud y protecciones más precarias. Poco a poco, la transformación natural y social en sucesivas culturas de paso, la interpretación literaria, cultural, ritual cristiana, institucional...

Otra vez, aunque de otra manera, el culto a la luz del sol, a la roca, al agua de los lagos, al verdor de las praderas, a los productos artesanos del ganado. Hasta llegar a las placas solares que aprovechan hoy el sol en las *mayadas* para *jacer el quesu Gamonéu* en Belbín o Jumartini.

En definitiva, el culto a la salud del cuerpo y del alma como siempre, pero con las tecnologías y comodidades del *milenium*. Y todo ello, por muchas sendas y caminos entre el mar y la montaña, entre oriente y occidente, pasando por Covadonga.

BIBLIOGRAFÍA

- ALBAIGÈS, Josep María (1998): *Enciclopedia de los topónimos españoles*, ed. Planeta.
- ALVAR EZQUERRA, Manuel (2014): *Lo que callan las palabras*, Madrid, JdeJ editores.
- ÁLVAREZ-FERNÁNDEZ-CAÑEDO, Jesús (1963): *El habla y la cultura popular de Cabrales*, Madrid, CSIC.
- BALLESTEROS VILLAR, Francisco (1996): *La garganta del Cares y sus caminos: de Caín a Poncebos*, Oviedo, ed. Nobel.
- BALLESTEROS VILLAR, Francisco (1997): *La garganta del Cares. Otros caminos y sus cumbres*, Oviedo, Ed. Nobel.
- (2003): *Pastores y majadas del CorniÓN*. Ed. Everest. León.
- BLÁNQUEZ, Agustín (2012, 5.^a edición): *Diccionario latino-español*, Madrid, editorial Gredos.
- CABAL, Constantino (1953): *La Asturias que venció Roma*, Oviedo.
- CABEZA QUILES, Fernando (1992): *Os nomes de lugar. Topónimos de Galicia: a súa orixe e o seu significado*, Vigo, ed. Xerais.
- CARIDAD ARIAS, Joaquín (1995): *Toponimia y mito. El origen de los nombres*, Barcelona, ed. Oikos-Tau.
- CONCEPCIÓN SUÁREZ, Julio (2002): «Toponimia y poder religioso», rev. *Lucus*, n.º 3 (ASACRE), pp. 41-77.
- (2007): *Diccionario etimológico de toponimia asturiana*, Oviedo, editorial KRK.
- (2014) «Toponimia, leyenda y mito: la reconstrucción literaria oral de un paisaje», en *Etnografía y folklore asturiano: conferencias 2011-2012*, Oviedo, Real Instituto de Estudios Asturianos (RIDEA), pp. 81-135.
- DAUZAT, A., ROSTAING, Ch. (1984): *Dictionnaire étymologique des noms de lieux en France*, París, ed. Librairie Guènégaud.
- DELGADO, Juan (1996): *Peña Santa: el nombre y los hombres de la peña*, Gijón, ediciones SZ.
- ESPINA ALONSO, J. Carlos (1996): *Covadonga y su entorno*, Gijón, ediciones Trea.
- FOUCHÈ, Pierre (1945): «A propos de *kal-. Étude de toponomastique préindo-européenne», *Anales del Instituto de Lingüística*, t. III, Mendoza, pp. 57-93 (1943).
- GARCÍA ARIAS, X. Ll. (1975): «Aportaciones al folklore asturiano. Algunas creencias, leyendas, costumbres, refranes y canciones registradas en

- Teberga», *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, Oviedo, n.º 86, pp. 651-701.
- (2005): *Toponimia asturiana. El porqué de los nombres de nuestros pueblos*, Oviedo, editorial Prensa Asturiana.
- GARCÍA MARTÍNEZ, J. (1992): *El significado de los pueblos de León*, León, GC.
- GARCÍA PÉREZ, G. (1992): *Covadonga, Cueva de Isis-Athenea*, Oviedo, Pentalfa ediciones.
- LLANO ROZA DE AMPUDIA, Aurelio de (1928): *Bellezas de Asturias de oriente a occidente*, Oviedo, imprenta Gutenberg.
- LUEJE, José Ramón (1968): *Los Picos del Cornión (cumbres de Reconquista)*, Gijón, ed. La Industria.
- (1973): *Los Picos de Europa*, León, editorial Everest.
- *La Cordillera Cantábrica*, Oviedo, ed. Caja de Ahorros de Asturias.
- (2003): *La montaña fotografiada 1936-1975*, edita Fundación Municipal de Cultura, Educación y Universidad Popular-Ayuntamiento de Gijón.
- MACEDA RUBIO, Amalia (2008): «La ordenación histórica del espacio en la parroquia de Arenas de Cabrales (Asturias), a través de sus Ordenanzas». *Ería*, 75, pp. 27-51.
- MADOZ, Pascual (1845-1850): *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de Ultramar*, Madrid.
- MAÑANA VÁZQUEZ, Guillermo (1994): *En torno a la Peña Santa*, ed. Caja de Asturias.
- (2003): *La Garganta del Cares*, Oviedo, ed. Caja de Ahorros.
- MARÍN, Gelu (2007): *Nombres cántabros de persona*, Santander, edita Oral Cierzu.
- MARTINO, Eutimio (1982): *Roma contra cántabros y astures. Nueva lectura de las fuentes*, Santander, editorial Sal Terrae.
- (1987): *Los nombres de la conquista*, León, Celarayn editorial.
- (1996): *En torno a los Picos de Europa. Nombres del agua. Nombres de lugar. I. El relevo latino*, León, gráficas Sorles.
- (1998): *En torno a los Picos de Europa*, Ed. Diputación Provincial de León.
- MENÉNDEZ, M. G. (1979): «El mons Vindius y sus cercanías», *Helmántica*, XXX, n.º 92-93, pp. 331-341.
- PELLEGRINI, Giovan Battista (1999): *Toponomástica italiana*, Milán, editore Ulrico Hoepli.

- RABANAL ÁLVAREZ, M. (1955): «Peña Ubiña-Mons Vindius», *Archivos Leoneses*, 18, pp. 128-132.
- ROBERTS, Edward A., PASTOR, Bárbara (1996): *Diccionario etimológico indoeuropeo de la lengua española*, Alianza editorial.
- RODRÍGUEZ-VIGIL RUBIO, J. L., RODRÍGUEZ ÁLVAREZ, R. (2003): *Geografía sagrada de Asturias*, Oviedo, ed. Cajastur.
- SEGURA MUNGUÍA, S. (1985): *Diccionario etimológico latino-español*, Anaya.
- SEVILLA RODRÍGUEZ, M. (1979): «Vestigios toponímicos de culto a Taranis en Asturias», *Beiträge zur Namenforschung Band*, 14, Helft, 2.
- (1979): «Topónimos asturianos de origen indoeuropeo prelatino», rev. *BIDEA*, n.º 96-97, pp. 153-180.
- (1980): *Toponimia de origen indoeuropeo prelatino en Asturias*, Oviedo, IDEA.
- (1993): «Mons Vindius», rev. *Torrecerredo*, Gijón, pp. 51-52.
- SORDO SOTRES, Ramón (2005): *Toponimia de Asturias, Cantabria y León*, Gijón, colección El Jogueru.
- VIAL, Éric (1983): *Les nomes de villes et de villages*, París, éditions Belin.